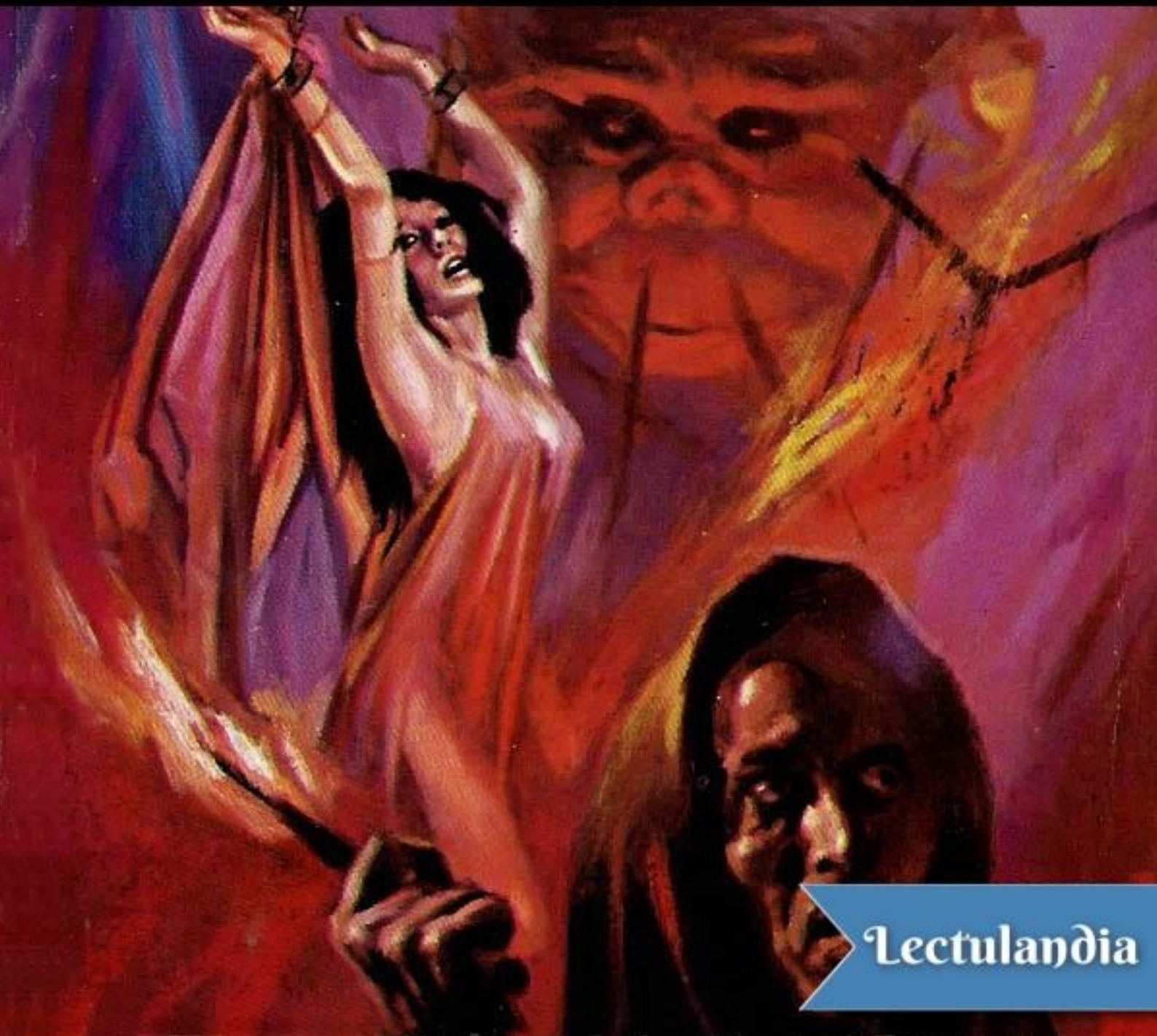
BOLSILIBROS

Selección

TERROR

LOS FRÍOS LABIOS DE LA MUERTE

VIC LOGAN



Lectulandia

Un periodista llega a un pueblo para hacer un trabajo de investigación sobre unos acontecimientos ocurridos en la Edad Media relacionados con la Inquisición.

Tras conocer a una extraña y atractiva mujer se ve envuelto en varios asesinatos relacionados con lo acontecido en el siglo XIII. ¿Puede alguien volver del Más Allá para cumplir una diabólica venganza?

Lectulandia

Vic Logan

Los fríos labios de la muerte

Bolsilibros: Selección Terror - 7

ePub r1.1
liete 03.12.14

Título original: *Los fríos labios de la muerte*
Vic Logan, 1973

Editor digital: liete
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

SELECCION
TERROR

PRÓLOGO

Mouranville, 1230

El tribunal de la inquisición de Toulouse se había constituido el año anterior.

Como una obsesión masiva, las gentes vivieron colectivamente aquella psicosis de terror.

—¡Los herejes a la hoguera!

Y las hogueras crecían por doquier.

Los sospechosos eran juzgados y condenados en el acto, y la pira ardiente impregnaba el aire de olor a carne quemada. ¡Carne humana!

—¡Las brujas! ¡Ahora traen a las brujas!

Tres preciosas muchachas eran arrastradas entre las voces lúgubres, que como en los corifeos de las tragedias griegas, repetían:

—¡Las brujas, a la hoguera! A la hoguera… A la hoguera.

Y el eco parecía repetir eternamente aquellas voces.

—¡A la hoguera! ¡A la hoguera!

Una de aquellas muchachas gritaba:

—¡No! ¡No soy una hereje! ¡No tengo tratos con el demonio!

—¡Ha confesado, ha confesado! —soltó el fiscal acusador.

—¡Es mentira! Yo no he confesado… No quiero morir. ¡No quiero!

Un hombre alto, fuerte, robusto, un campesino del lugar se abalanzó contra los que sostenían a la mujer.

—¡Es mi esposa! ¡Yo puedo jurar que no tiene tratos con el diablo! ¡Soltadla! ¡Respondo por ella!

El hombre fue empujado violentamente, y cuando trató de impedir el holocausto, se vio retenido por varias poderosas manos.

Eran los propios espectadores quienes no querían impedir que el horrendo espectáculo cesara.

—¡Es una bruja!

Y los gritos de la gente se confundían con los ayes estremecidos de las muchachas, que ya se estaban quemando en la pira.

Las mujeres se retorcían mientras el fuego depurador quemaba su carne.

Gritos incesantes, hasta que las condenadas se desmayaban mientras las llamas seguían asando su carne hasta convertirlas en esqueletos, cuyos huesos aún continuaban crujiendo, hasta calcinarse.

El fuerte campesino, luchó como pudo para salvar a su mujer, quien ya era empujada hacia la hoguera.

—¡No! ¡No! ¡No podéis hacer esto con ella!

—¡Sálvame, sálvame! —gritaba la pobre infeliz, sintiendo ya el calor de las llamas.

Pero al campesino seguían sujetándolo aquel sin número de manos que no le dejaban moverse.

Y ella, la desdichada, fue arrojada cuando de las otras sólo quedaban apenas las cenizas.

Un grito surgió de la garganta de aquella mujer, cuando el fuego prendió en sus ropas y en sus largos cabellos.

—¡La desgracia caerá sobre vosotros! —sentenció entre los estertores de la lenta agonía.

Luego las llamas prendieron con más fuerza y su rostro quedó ennegrecido para comenzar a descomponerse.

El marido pudo al fin soltarse de quienes le retenían, pero nada podía hacer ya.

Apretó los puños y arremetió salvajemente contra los que la habían arrojado.

—La habéis asesinado… ¡La habéis asesinado!

—¡Haced callad a ese hombre! —dijo la voz bien timbrada del que presidía el tribunal, y a la vez daba fe como testigo, de que las sentencias se habían cumplido.

Golpearon al marido hasta dejarlo inconsciente. Quizá en parte fue mejor, porque ello le impidió ver la consumación de aquel tremendo espectáculo.

La esposa ya no gritaba. Su carne quemada dejaba al descubierto la osamenta de su esqueleto que luego lentamente fue consumiéndose, para terminar convertido en un montón de huesos que continuaban ardiendo.

El fuego purificador había cumplido una vez más su misión.

Luego la hoguera decreció hasta extinguirse por completo. Y sólo quedaron unos cuantos huesos que ni los perros querían.

Un viento suave cuidó de esparcir las cenizas, que invariablemente, en las frías noches invernales del caserío, convergían todas hacia la próxima colina de St. Chély.

St. Chély no era una elevada montaña, más bien un pequeño promontorio que dominaba el verde valle a orillas del Tarn.

Quizá por ello, todo el mundo en la comarca empezó a conocer el promontorio como la colina de las embrujadas…

CAPÍTULO PRIMERO

St. Chély, en nuestros días…

Mouranville, el antiguo caserío, forma parte ahora de la pequeña ciudad, medio artesana, medio agrícola y con un tanto por ciento cada vez más elevado de industria.

Michel Laval, llegó al lugar en un atardecer primaveral, cuando la gente se había retirado ya a sus casas para cenar.

Tenía reservada habitación en el hotel de la Poste y allí dirigió su automóvil tras preguntar al gendarme que regulaba el tráfico a la entrada de la villa.

El hotel, al que bordeaba un pequeño parque, tenía garaje propio y allí, el joven, dirigió su coche.

La carta de identidad que le fue solicitada al registrarse, daba cuenta de su edad y profesión. Treinta años, periodista.

—¿Piensa estar mucho tiempo por aquí, señor Laval? —le preguntó la encargada de la recepción.

Era una mujer madura y bien conservada y Michel pensó que se trataba de la esposa del propietario, o tal vez de la propia dueña. En las ciudades pequeñas abundan los hoteles de familia. Limpios y confortables y generalmente con un trato exquisito.

—No lo sé… Tengo que hacer un reportaje que me han encargado.

—¿Sobre St. Chély? —preguntó, curiosa la mujer.

—Más o menos… Sobre las brujas.

—¡Qué!

—No se asuste. En realidad lo que busco es Mouranville, pero sé que ha desaparecido, al menos como denominación. Pero supongo que es esto mismo. Ya he visto el promontorio, mientras me acercaba en el coche.

—¿Se refiere a la montaña de St. Chély?

—Antes la llamaban de otro modo.

—Bueno. No lo diga en voz alta —murmuró la mujer.

—¡Ah! Entonces a pesar de los años, todo el mundo sabe que… se trata de la colina de las embrujadas.

La hotelera sonrió.

—Eso son leyendas antiguas. Se sabe, sí. Pero nadie hace caso.

—¿Y no se persigna la gente cuando oye hablar de esas cosas?

—Bueno. Los tiempos han cambiado. No le diré que algunos son más crédulos que otros, pero temo que si busca leyendas de fantasmas, tendrá que inventarlas, señor Laval.

—Bueno. El reportaje tengo que hacerlo de todos modos… Dígame, ¿dónde

puedo ir después de cenar?

—¿A hacer preguntas sobre la colina?

—¡No, no! —sonrió el periodista—. Hoy empieza el fin de semana y, además, tengo que ambientarme. He visto un local en el cruce. Se llama Eva.

—Si busca divertirse no encontrará otro lugar, aparte de un par de salas de cine y el club de billar. A los hombres les gusta este sitio, sobre todo su propietaria, Eva. Bueno, particularmente no creo que esa mujer tenga nada que no tengan las demás.

Michel pensó que la patrona era una mujer de palabra fácil, simpática, *charmant*. Una mujer cincuentona, pero con cierta coquetería, aunque no pretendiese con ello hacerse la jovencita.

«Estaré bien aquí», pensó Michel.

Y ratificó su opinión cuando estuvo en la habitación que le habían asignado con *toilette* y baño privado y un balcón que daba al pequeño parque que separaba el edificio de la calle.

También la cena le satisfizo, especialmente las truchas del Tarn y la bandeja de seleccionados quesos desde el Chantal al Roquefort más puro.

Luego, tras una copa de Remy Martin, tomó el coche y se dirigió a Eva.

A Michel le encantaban las pequeñas ciudades como aquélla, se respiraba aire más puro y la gente no vivía con la prisa de un París, por ejemplo.

Eva le pareció, como *cabaret*, un local fuera de lugar. Desentonaba en el conjunto y no precisamente por su confort, por sus luces, ni por el espectáculo.

Eva parecía arrancado de una estampa del más puro estilo del *night-club* de los años cincuenta. Con un modernismo ya superado, pero elegante y siempre grato.

Más que estar en Francia, Michel se le antojaba aquello el Nueva York de épocas pretéritas. Le gustó, sin embargo.

También le agradó el espectáculo. Chicas bonitas, *strip-tease a gogo*, canciones modernas, mezcladas con la música tradicional.

Lo que más le gustó fue Eva.

Eva en persona.

¿Cómo describir a Eva?

La vio paseándose, admiró su armónica silueta, pero, sobre todo, se fijó en sus ojos. Eran negros, negros como su pelo de larga cabellera.

Su mirada parecía echar chispas, y de su rostro parecía emanar un aire misterioso, introvertido.

La vio observar cada mesa y cada cliente que se sentaba en ella.

De sus labios no escapó el menor amago de sonrisa, su mirada permanecía impasible ante todo y ante todos. No saludaba a nadie, ni siquiera con una leve inclinación de cabeza.

Los camareros le cedían el paso con aire grave, reverente. Ella seguía pasando por entre las mesas, como una reina que se complace en ver en acción a sus vasallos. Y sus vasallos eran los clientes cuya única ocupación era ver las atracciones de la pista.

Michel estaba como fascinado. Había olvidado el espectáculo y las chicas que lo componían. Sus ojos estaban fijos en aquella aparición. En Eva.

Una voz pastosa y campechana a la vez, murmuró:

—No conseguirá nada de ella. Se lo aseguro.

Michel se volvió como un sonámbulo. Se encontró ante un hombre que andaba entre los cuarenta y cinco y cincuenta años, que hacía lo posible por esconder su abdomen que empezaba a ser demasiado prominente, delatando su afición por la buena mesa.

El hombre se sentó en la mesa.

—Me permite, ¿verdad? Los viernes esto siempre está muy lleno. Mi nombre es Genet, Marc Genet. Usted es forastero, ¿eh?

—¿Se conocen todos aquí? —inquirió el periodista.

—Por lo menos los que frecuentamos Eva.

Michel se presentó.

—¡Oh! Un periodista… Aquí no vienen muchos. ¿No había estado usted por aquí antes?

—No. Es la primera vez. Pero según parece, algún antepasado mío vivió por aquí. No sé exactamente. No tengo ningún árbol genealógico.

—Hum… Esto va cambiando mucho. No es lo que era. Dígalo en su artículo. St. Chély tiene mucho porvenir, pero falta que nos echen una mano.

—Bueno, lo dejaré entrever, aunque lo mío no es la política.

La conversación, incipiente, quedó interrumpida por la presencia de alguien que saludó a voces a Genet. Era un individuo algo más joven y mejor conservado.

—¡Ah! Éste es Paul Foderich. El rey de las terneras.

Alguien reclamó silencio. Un par de melenudos estaban en la pista cantando. Uno tenía voz de tiple. Era una mujer, aunque por la vestimenta costaba identificar el sexo de uno y otro.

Marc Genet bajando la voz, lo cual no le resultaba nada fácil, hizo los honores y la presentación del periodista.

El recién llegado ocupó una silla en la misma mesa.

—Quizá nos encuentre demasiado curiosos. Para usted que viene de la capital… Si estorbamos nos lo dice. Pero la verdad es que siempre es agradable ver caras nuevas.

—No me molestan en absoluto —repuso el periodista.

Luego, la conversación giró en torno a Eva. Ella algo alejada, en las sombras del bar, parecía observarles.

—Ya le he dicho a nuestro amigo que no tiene la suerte. Eva es fría como el mármol.

—Genet habla así porque ha recibido las mil y una calabazas. Pero nunca se da por vencido —dijo el carnicero.

—No pensaba conquistarla —sonrió el periodista—. Pero si hubiese oportunidad,

la compañía de una chica nunca viene mal.

—Pero ésta no —murmuró Genet—. Y mi amigo lo sabe tan bien como yo. No te las des de listo, Paul. Tú también has intentado algo.

—Pero supe retirarme a tiempo —repuso Paul Foderich.

Concluyó el espectáculo y empezó el baile. Había algunas chicas de la casa y Genet las señaló:

—A falta de algo mejor…

—¿Usted no baila? —inquirió el carnicero Foderich.

—Pues no sé. Ahora prefiero estar sentado y ver el ambiente.

—¿Quiere que le traigamos alguna chica? —preguntó, a su vez, Genet.

—No, no. En esto soy muy personal.

—Hasta luego —saludó Foderich—. ¡Ah! Y cuente con una botella de champaña. Luego nos la tomaremos, y si quiere preguntar, hágalo. Aquí no suelen venir mucho los periodistas. ¡Y menos de París!

Los dos hombres se alejaron en busca de pareja.

Michel sonrió. Pensó que eran la clase de individuos que nunca se sienten viejos porque anhelan vivir.

Quizá un poco pueblerinos en el fondo, pero afables, y con deseos de agradar, de hacer nuevas amistades.

Sí. Para Michel, St. Chély le resultaba simpático.

¿Había habido brujas alguna vez?

Bueno. Michel tenía su opinión particular sobre las brujas y lo de la Inquisición, como todo el mundo más o menos.

Se volvió con la sensación de que estaba siendo observado fijamente por alguien y se encontró cara a cara con la enigmática Eva.

¡Le miraba a él!

Fría e impertérrita, le pareció, sin embargo, más hermosa vista de cerca.

—¿Se divierte? —preguntó ella con una voz lejana, grave y llena de matices al mismo tiempo.

También le resultaba difícil clasificar aquella voz.

—Lo intento. Soy nuevo aquí. ¿Puedo pedirle que se siente?

—Puede pedírmelo —repuso ella, con fría serenidad.

A Michel le pareció que los ojos de la bella brillaban con más intensidad.

—Por favor, se lo ruego. —Y se levantó para sujetar el pequeño sillón.

Ella hizo intención de sentarse y Michel acompañó la silla hasta acomodarla justo a la mesa.

—¡Camarero! —llamó.

No hacía falta. El camarero estaba ya allí como si hubiese adivinado, no ya la intención de Michel, sino la de su propietaria.

—Champaña especial —pidió ella.

El camarero se alejó tras hacer una ligera reverencia.

—Pensaba pedirlo. Me ha adivinado usted el pensamiento —se apresuró a decir el periodista y en seguida se presentó.

—Invita la casa —repuso ella, mirándole fijamente.

—Nunca rechazo una gentil invitación, pero cuando estoy con una dama…

—Soy la propietaria de esto. Y no suelo invitar a todos los forasteros.

—En este caso…

—¡El champaña! —cortó ella, al ver aproximarse el camarero con el cubo lleno de hielo y la botella cubierta con una blanca servilleta.

A Michel se le antojó que todo sucedía como de una manera extraña, irreal. ¿No sería acaso todo un sueño?

Demasiado de prisa, demasiado envuelto en la agradable penumbra de un local asimismo extraño por el lugar donde estaba enclavado.

El camarero había mostrado la marca a Eva, y luego sirvió.

Brindaron.

El vino espumoso estaba en su punto. Ella apenas probó un sorbo. Lo hizo con elegancia. Cada movimiento suyo era ligero, suave y absolutamente natural, pero elegante, como el paso de un ballet.

Y Michel se creyó en la necesidad de decir algo. Y cuando lo hizo se dio cuenta de que había dicho una tontería.

—¿Podemos vernos luego?

Ella no pareció molestarse por la temprana pregunta.

—¿No nos vemos ahora?

—Bueno, quería decir… Aquí hay mucha gente y…

—Cerramos muy tarde y tengo por costumbre descansar, pero si lo desea…

—¡Lo deseo!

Michel habló de forma espontánea, casi sin meditar las palabras. Se dio cuenta que con todo su bagaje mundano que le había proporcionado la profesión, se estaba comportando como un ser primitivo, temperamental y vehemente.

Devoraba a Eva con la mirada, como si jamás hasta aquel momento hubiese estado en presencia de otra mujer. Como si deseara amar apasionadamente. Amarla a ella.

Y lo más curioso es que Eva parecía esperar «precisamente» aquel comportamiento por parte del hombre.

Michel quiso rectificar, mostrar su refinamiento.

—Quizá me crea…, no sé…, una persona demasiado impulsiva. La verdad es que no me reconozco a mí mismo. Si puede aceptarlo como un cumplido, me atrevería a decir que su belleza se me ha subido a la cabeza con la misma dulzura que el cosquilleo de las burbujas del champaña.

—Es una frase muy bonita, Michel.

—Gracias, señorita…

—Eva. Llámeme Eva simplemente. Como todo el mundo. Eva.

—Un nombre que siempre me ha gustado. Define toda la femineidad de la mujer.

—¿Me encuentra femenina?

—Deliciosamente femenina. Me gusta usted…

De nuevo se mordió la lengua. ¿Por qué tenía que hablar tan atolondradamente?

No es que fuera una ofensa decirle a una mujer que le gustaba, pero así, tan de repente, como si llevaran días viéndose…, le parecía propio de un ser sin principios, primitivo.

«¡Al diablo los convencionalismos! —se dijo para sí—. Uno debe mostrarse tal como es. A fin de cuentas, esto es una aventura. Nada más que una aventura que bien se puede compaginar con el trabajo».

Las manecillas del reloj corrieron rápidamente. Quizá el paso del tiempo fue absolutamente normal, pero a Michel se le antojó que le habían estafado cuatro horas.

Durante aquel tiempo bailó con la bella y creyó escuchar comentarios tales como:

—Es increíble. ¡Lo ha conseguido!

—Es la primera vez que veo a Eva interesarse por alguien…

Dijeron otras cosas, y aquellas voces le parecieron a Michel familiares. De Genet o de Foderich el carnicero, rey de las terneras. Pero él ni siquiera les miró. Estaba embebido con el rostro de Eva. Como la forma de bailar de ella.

Sí. Se movía como una libélula. Sus pies no parecían tocar el *parquet* de la pista, lo rozaban levemente tan sólo, lo acariciaban.

Y Michel creyó de nuevo estar viviendo un sueño.

Se encontró fuera, cuando el luminoso de la sala eclipsó su luz y el local quedó cerrado.

Eva le mostró el chalet casi contiguo al local.

—Allí está mi casa.

Era una villa pequeña, de una sola planta, con un jardincillo que en aquellos momentos Michel no se preocupó siquiera de mirar.

Entraron dentro. Ella le obsequió con una bebida especial.

—Lo destilan para mí.

—Espero que no sea un bebedizo —dijo él, sonriente.

Ella sirvió dos copas que llenó hasta la mitad. Dos copas de cristal de Bohemia, verdes.

A Michel aquella bebida agridulce le supo a néctar.

—Es mi bebida favorita —dijo ella, yendo hacia el electrófono para poner música.

Pareció adivinar los gustos de su invitado. Música suave, envolvente que jugaba perfectamente con la luz indirecta del saloncito de la casa de Eva. Una estancia que parecía hecha a medida para el amor.

Ella se sentó en un diván, confortable. Se hundió en él. A través de la abertura de su falda larga, insinuó unas piernas hermosas, creadas para una escultura.

Michel se sentó a su lado y la rodeó por la cintura. La besó sin más preámbulos,

satisfaciendo una necesidad que le perseguía desde el primer momento que sus ojos tropezaron con las de la propietaria del *night club*.

Fue un beso largo que al periodista, sin embargo, le supo a poco.

No importaba el frío de los labios de aquella mujer, porque Michel había descubierto una insaciable pasión en ellos.

—Eres maravillosa, Eva. Maravillosa… Siento… siento como si te hubiese estado esperando toda mi vida. No te conozco de hoy… No… Ya sé que esto puede parecerte cursi, pero digo la verdad… Te conozco de toda la vida.

Ella sonrió.

—Eres sincero, lo sé.

—¿No sientes tú, acaso, lo mismo?

—Puede.

Y se levantó.

—No te vayas. No te alejes de mi lado —pidió él.

—¿Un poco más de mi elixir?

—Lo que tú quieras con tal de que no te vayas.

—No te muevas. Te sirvo en seguida.

La vio alejarse hacia el mueble bar, un mostradorcito con vasos y unas botellas todas iguales. Y Eva sirvió de nuevo con copas limpias, verdes también, del mismo cristal perfectamente tallado.

Él se levantó para acercársele, como si el tiempo que ella empleara en servir la bebida le resultara insoportablemente largo.

Al hacerlo se apoyó en uno de los respaldos del diván, donde estaban los conmutadores de la luz, como una muestra de refinada comodidad.

Sin darse cuenta, apagó la luz y murmuró:

—¡Oh, perdona!

Buscó los botones y pulsó uno al azar. La luz que se encendió era distinta. Daba un aire diferente a las cosas.

—Te has equivocado, Michel —dijo ella, con su voz impersonal, lejana.

—No veo nada… ¡Oh, qué torpe! Lo siento. Yo…

Buscó de nuevo los botones.

Aquella luz fosforescente le dañaba los ojos. Producía como una especie de niebla, propia de los extraños rayos que emanaban de los tubos distribuidos por la estancia.

Al aproximarse más, sus ojos se fijaron en algo que heló su sangre.

—¿Eh?

Ante sí, al lado del sofá, vio… ¡una calavera!

Un rostro descarnado, sólo con los huesos, de la misma forma que pintan a la muerte.

—Que… —empezó.

—¿Qué ocurre, Michel? ¿No la encuentras? —inquirió la voz de Eva.

La voz sonaba cerca de él, que sólo atinó a responder.

—No, no. Es que…

Y al hablar vio que… ¡era la calavera quien hablaba!

Su escalofrío se acentuó. Un cosquilleo intermitente recorrió su espina dorsal.

—Por el amor de Dios… Enciende la luz, Eva —casi gritó.

Y al decirlo, era la calavera quien movía los labios. Una calavera que daba la impresión de ser él mismo.

CAPÍTULO II

La misma luz de antes había vuelto a inundar la habitación con su tono preciso y adecuado.

Michel estaba pálido, frío como un témpano, mirando hacia su izquierda donde había visto la visión.

Entonces se dio cuenta de que se estaba mirando a un espejo. Un espejo que cubría todo el panel.

Hizo un esfuerzo para serenarse.

—¿Qué te pasa? —inquirió ella, y le ofreció la copa murmurando—: Toma, bebe. Estás muy pálido.

—Es que… Bueno, debe ser cosa de la luz… Aquí hay un espejo y… soy un idiota.

—¡Ah! ¿La luz? ¿Qué has visto en el espejo?

—Nada, nada. ¿Te reirías si te lo dijera?

—¿Por qué? Un espejo refleja siempre la propia imagen, para vernos tal como somos.

—Sí, claro, pero…

—¿Qué?

—Yo aquí no he visto mi imagen. Ya te digo que debe ser cosa de la luz. ¿Por qué tienes esa luz fosforescente?

—No sé… Supongo que porque me gusta. Las cosas no siempre son como las vemos con luz natural. ¿Cómo te has visto tú en el espejo?

—Mi rostro… —confesó él, al fin—. Era sólo… una calavera.

—Bueno… Es lo que hay detrás de nuestra carne, ¿no? —sonrió ella.

Él había empezado a beber, luego dejó de hacerlo para exclamar:

—¡Claro! Ya sé… Esas luces son como las de rayos X… ¡Eso es un truco tuyo para asustar a los amigos impertinentes!

Ella le miró con extrema severidad y Michel tuvo la impresión de que aquella vez había dicho la mayor impertinencia de toda la noche.

—Yo no tengo amigos, Michel. No recibo a nadie en mi casa. Tú has sido el primero.

—¡Oh, perdona! No quise…

—No importa. Bebe. Es evidente que te has asustado.

Y Michel se sintió como un niño que acababa de cometer una travesura y ha sido descubierto por la maestra. Eva parecía la maestra. Una dulce y comprensiva maestra que en seguida procuró hacerle olvidar todo asomo de miedo.

El periodista no vaciló en dejarse guiar por ella.

Michel sintió lo que nunca había sentido y aquellas horas pensó recordarlas siempre.

Luego, Eva le rogó que se fuera.

Se habló de mañana y Michel se encontró conduciendo su coche por la carretera, cuando ya alboreaba el nuevo día.

Sabía que no había sido un sueño, aunque jamás las horas se le hubiesen hecho tan cortas.

Se tomó una buena ducha antes de meterse en la cama. A pesar del agua, seguía oliendo el perfume de aquella mujer.

Pensando en ella, se quedó dormido.

No recordaba el tiempo que había transcurrido cuando despertó.

Tampoco supo qué fue exactamente lo que perturbó su sueño.

Notó un ruido impreciso, quizá una puerta al cerrarse, o una voz queda.

Dio la vuelta dispuesto a conciliar nuevamente el sueño, pero al hacerlo, sus ojos se fijaron unos momentos en la puerta, y creyó ver que el pomo giraba lentamente como si alguien tratara de abrir.

—¿Eeeh? —murmuró para sí.

El pomo seguía girando. No era una alucinación. ¡Alguien estaba tratando de abrir!

Se incorporó bruscamente en el momento en que la puerta se abría.

Palpó en la mesilla de noche para encontrar el conmutador de la luz.

No dio con él.

Una sombra se deslizó en la habitación. Era una silueta que en la oscuridad ocultaba su rostro.

—¿Quién es? —inquirió el periodista.

El recién llegado no despegó los labios. Avanzó lentamente hasta los pies de la cama.

Michel tiró la lamparilla de la mesa que cayó y se rompió. La bombilla hizo la consabida explosión.

El periodista se revolvió rápido para dar, por fin, con el conmutador de la lámpara del techo. Lo pulsó.

Entonces surgió aquella misma luz que por unos momentos había visto en el salón de la casa de Eva. La luz fosforescente.

Una luz que le permitió ver el rostro del recién llegado.

¡Y no era un rostro! ¡Era un esqueleto!

Los ojos de Michel se abrieron desmesuradamente, y apenas pudo balbucir:

—¿Qué clase de broma es ésta?

El esqueleto, desnudo, todo huesos, se movió lento, muy lento, avanzando hacia él.

Las cuencas sin ojos de aquella fantasmagórica visión parecían clavarse en las pupilas de Michel.

—¡Basta! ¡Es una broma estúpida!

Pero algo le decía que aquello no era ciertamente una broma. Un sexto sentido, una extraña intuición.

Quedó paralizado por el espanto.

Un pánico indescriptible le impidió gritar cuando aquel par de brazos, con lo que en un tiempo habían sido manos avanzaban hacia él. ¡Buscaban su cuello!

Clavado contra la pared, inmóvil, con los músculos agarrotados por el terror abrió la boca para decir algo, pero la voz se negó a salir de su garganta.

Unas uñas afiladas cosquillearon su garganta.

Sintió la frialdad de la muerte, personificada en aquel extraño ser.

—¡No! —pudo gritar al fin y con un esfuerzo trató de apartar de sí la visión.

¡Era real!

No se trataba de un efecto de luz. Era real. ¡Huesos! Huesos fuertes que se resistían a ceder. A través de ellos podía ver el otro lado de la habitación. ¡Todo era real!

Y sin embargo, no podía ser.

—¡No, no! Estoy soñando. Es una pesadilla… —dijo sudoroso, frío, al tiempo que temblaba.

El esqueleto se volvió. Le buscaba a él. De una forma implacable.

De pronto, por el umbral de la puerta que había quedado abierta, surgió otra figura.

¡Otro esqueleto de proporciones parecidas!

Crujieron los huesos al andar. El primero que había entrado se volvió con movimientos mecánicos. El segundo avanzó hacia él.

Entonces, los ojos de Michel fueron testigos de algo inaudito.

Los dos seres ultraterrenos se enzarzaron en una lucha despiadada.

Sus huesos crujían a cada golpe y Michel creyó escuchar hasta unos ahogados ruidos como voces ahogadas que lanzaban quejidos y jadeaban.

—No, no… No es posible —siguió murmurando Michel para sí mismo.

La lucha entre los dos seres hubiera podido parecer hasta cómica de ser vista desde la butaca de un cine, pero mal podía serlo en la habitación de un hotel y ante los ojos de un periodista que sin alardear de valor, jamás había sentido miedo.

Salió, cruzando la puerta y corriendo a través del corredor hasta la escalera.

Su habitación estaba en el piso primero y saltando los escalones en tres o cuatro veces alcanzó el vestíbulo. La puerta estaba cerrada y ni siquiera supo cómo consiguió abrirla.

Salió desesperadamente por el parque, que cruzó como si un espíritu le persiguiera.

Iba en pijama y la noche era húmeda.

¡La noche!

Se dio cuenta entonces de que era de noche y, sin embargo, cuando salió de la casa de Eva estaba alboreando. Ahora, por el contrario, todo estaba oscuro.

Consultó su reloj. ¡Las doce!

¡No era posible!

A las doce todavía estaba bailando. O en casa de Eva, no lo recordaba porque había perdido la noción del tiempo, pero de lo que sí estaba seguro es de que tenía que ser más tarde, mucho más tarde.

Se encontró en medio de la calle. No pasaba nadie, ni un coche. Ni una persona.

Brillaban las escasas luces de la calle solitaria, con la neblina que producen a menudo los faroles.

Corrió hacia la esquina.

Todo cerrado, solitario, silencioso.

El viento agitaba los árboles y comenzó a sentir el frío en su carne debido a la escasa ropa.

—¡Dios mío! ¿Qué es lo que me está ocurriendo? —habló en voz alta, y sintió como si sus palabras resonaran.

Cruzó la calle. Sólo había un sitio donde podía ir. ¡A la gendarmería!

Ni siquiera pensó que pudieran tomarle por loco. ¡No!

Intentó orientarse. Sabía que había una plazoleta, con árboles también, cerca del desvío de la carretera general.

Corrió como un loco cerca de la esquina.

Ni siquiera se dio cuenta del auto que aprovechando aquellas horas de nulo tránsito, iba lanzado a toda velocidad.

Vio los focos al hallarse en la encrucijada. Unos focos potentes que le cegaron.

Saltó hacia un lado para evitar el atropello.

Pudo oír el tremendo frenazo del automóvil para evitar el accidente.

Quedó inmóvil.

El rostro del conductor asomó unos instantes. Luego, una voz suave, dijo:

—Vámonos. Es mejor no tener complicaciones.

—¡Ayúdenme! —gritó Michel.

Pero el conductor puso nuevamente en marcha el vehículo y se alejó.

Michel intentó incorporarse y sintió que la rodilla le dolía bastante a consecuencia del golpe.

Hizo un nuevo esfuerzo y cayó otra vez.

La tensión que estaba viviendo en aquellos momentos era casi insostenible. Y estalló.

Sin poderlo remediar, por primera vez en su vida perdió la noción de la realidad. Todo oscureció en su mente y quedó allí, tendido, inmóvil.

* * *

Nunca llegó a saber con certeza el tiempo que permaneció inconsciente, ni las cosas que habían podido suceder durante las horas o minutos de inconsciencia.

Jamás sabría con certeza a qué hora tuvo lugar «aquello».

Despertó.

Despertó en la cama de su hotel y miró en derredor. La luz se filtraba a través de sus ventanas.

Se sentía cansado, como cuando se ha pasado una mala noche y no se ha dormido lo suficiente o se ha dormido mal.

Recordaba perfectamente casi todo y por eso, al verse arropado, comprendió.

«Todo… Todo ha sido una pesadilla».

Se levantó notando cómo la cabeza le dolía terriblemente.

«Tomaré una aspirina. Algo que me calme, y un café bien cargado», y lanzó un suspiro.

Al enderezarse sintió que la rodilla le dolía.

«Es extraño», pensó, con un vago presentimiento.

Fue al volverse hacia la mesilla de noche. Entonces vio perfectamente la lámpara al suelo, con la bombilla rota.

«¡No ha sido un sueño!», casi gritó.

Trató de serenarse pensando que también en los sueños puede uno romper algo sin darse cuenta, con un gesto brusco, un movimiento impensado.

Pero aquel dolor en la rodilla…

Encendió la luz general y comprobó que la lámpara era normal, con luz blanca. No había ninguna fosforescencia.

Anduvo cojeando ligeramente hasta el baño. Dio la luz también y se miró en el espejo.

Sus ojos volvieron a aumentar de tamaño al ver su aspecto. Tenía el rostro sucio como de barro, y también su pijama estaba manchado con tierra húmeda y tenía un pequeño roto en la rodilla, como si realmente hubiese caído… en la calle. ¡En la calle! ¡Luego, era verdad!

Al fijarse mejor en su ropa, vio una mancha rojiza en la solapa.

¡Sangre!

¿Cómo se había herido?

No sabía qué pensar y un escalofrío volvió a cosquillearle la espalda.

Corrió hacia la ventana. La abrió y empujó los pórticos hacia fuera.

El día era radiante, hermoso.

¿Qué había sucedido realmente aquella noche?

Por la calle vio pasar un par de *jeeps* con gendarmes. Más allá, en la esquina que también podía ver desde la ventana, vio a dos gendarmes hablando con gente de paisano.

Gentes del lugar se aproximaban, o formaban grupos comentando algo.

Michel se vistió rápidamente, casi se olvidó del golpe en la rodilla que seguía doliéndole y bajó al vestíbulo. Allí estaba la patrona, o lo que fuera. Era la mujer que le atendió a su llegada.

—¿Ha dormido usted bien, señor Laval? —preguntó, solícita.

—Pues la verdad es que no…

—Pues si llega a dormir bien… —Y señaló la hora con la mirada—. ¡Las doce!

—Se… se me ha parado el reloj.

Lo miró. Seguían siendo las doce, pero del día anterior. Le dio cuerda, ensimismado, y preguntó:

—¿Ha ocurrido algo? He visto policía y gente… No sé…

—Sí, ha ocurrido algo —repuso la mujer—. Es la primera vez en muchos años… Es inexplicable.

—Pero ¿qué ha sido?

—Se ha cometido un asesinato. Usted no conocerá a la víctima, claro. Se trata de Marc Genet.

El periodista hizo un esfuerzo para mostrarse impasible, pero no pudo conseguirlo.

La mujer le miró extrañada.

—¿Le conocía usted?

—Le vi anoche en ese local de la carretera. Estuvimos un momento hablando. Luego no le vi más… Estaba él con otro amigo suyo… Creo que dijo llamarse Foder… Goda…

—Sí —atajó la mujer—. Foderich, el carnicero… Suelen ir juntos. Bueno, solían. Ambos eran solteros. Pero… Parece que no se encuentra usted bien.

—No es nada. Y dígame… ¿Cómo ha ocurrido?

—Le han encontrado con un cuchillo clavado en el cuello. Eso es lo que dicen. No sé quién habrá sido capaz de hacer tal monstruosidad. Genet podía tener sus cosas, pero jamás había hecho mal a nadie. Trabajaba en el registro civil y al mismo tiempo cuidaba de unas tierras. Tenía empleada a gente y les pagaba bien. Nadie tenía motivos, o al menos eso creíamos todos, pero se ve que para el criminal sí los había… A menos que se trate de un loco.

Michel ya no escuchaba, había salido a la calle. Sentía necesidad de aire puro y más que de aire puro, necesitaba saber… Lo que había ocurrido aquella noche.

CAPÍTULO III

—No miré la hora, Michel. Si te pedí que te fueras es porque ambos necesitábamos descanso. Tú tienes tu trabajo. Me lo contaste anoche. Yo tengo el mío y debo encontrarme despierta.

Era Eva la que estaba hablando con Michel, en pie, en el pequeño recibidor de la casa.

Iba enfundada en una transparente bata a modo de salto de cama. Alta, erguida, maravillosa cual la noche anterior y con su voz grave e insinuante a la vez, dulce y firme al mismo tiempo, y con su perfume penetrante y aquella mirada enigmática.

Michel frente a ella, parecía haber perdido todo su autodominio, igual que le sucedió en el primer momento.

—Es que necesito saber la hora… Perdí la noción del tiempo estando a tu lado, ¿sabes?

—Eres muy amable con tus cumplidos.

—No es verdad. Lo cierto es que cuando salí despuntaba el alba y de pronto… —No sabía cómo explicar lo sucedido.

Por fin soltó.

—Se ha cometido un asesinato esta noche. Tú le conocías. Es Marc Genet. Estuvo hablando un momento conmigo ayer en tu local.

—Sí. Ya le vi.

—Le han asesinado. Con un cuchillo. Eso dicen.

—También lo sé.

—¿Te lo han dicho?

—No. No he salido de casa todavía. Pero lo sé.

—¡Eva! ¿Qué quieres decir?

—Nada.

Michel estaba desconcertado.

—Escucha… Anoche pasaron cosas muy extrañas… Me pasaron a mí. ¿Sabes? Tuve una pesadilla.

—No. No fue una pesadilla, Michel.

—¿Eh? ¿Qué quieres decir?

—Es la segunda vez que me preguntas qué quiero decir. Nada, nada… No quiero decir nada. Nos veremos esta noche.

—Por favor, Eva. Yo no entiendo nada. No te burles de mí.

—Jamás me burlaría de ti, Michel. De eso puedes estar seguro. Jamás. Y ahora, por favor, déjame… Tengo que hacer. Debo preparar muchas cosas. Hasta esta noche.

Sin quererlo, se encontró en la carretera. Suavemente ella le había obligado sin darle explicaciones.

¿Qué ocultaba Eva?

¿Por qué parecía estar enterada de todo sin haberse movido de su casa?

Pensó que quizá estaba haciendo una montaña de un grano de arena.

¿Acaso no habían podido dar la noticia por radio? ¡O quizá el lechero o…!

Pero lo cierto es que todo se le antojaba extraño, casi irreal y se sentía el centro de aquel misterio, pese a encontrarse en un lugar que pisaba por primera vez en su vida.

¿Por qué le habían mandado allí a hacer un reportaje de lo que había ocurrido hacía siglos?

¿Por qué hablar de brujas e Inquisición en la era de la superautomatización?

Pero bastaba ver las revistas que tenía en el asiento de su coche. En ninguna faltaban alusiones a las «artes de Satán», ni historias fantásticas atribuidas a personas que decían tener contacto con el diablo.

Se hablaba de sectas secretas, de misas negras y aquelarres, como si un mundo hastiado de las comodidades buscara nuevos alicientes, nuevas sensaciones degustando viejas leyendas.

«¡Al diablo con todo!», exclamó para sí el periodista, aproximándose al centro de la pequeña ciudad.

Algo pareció guiarle por las calles hasta la casa del crimen. Un buen grupo de gente se hallaba reunida mientras unos cuantos gendarmes recomendaban a las personas que no se estacionaran.

Sí. Algo empujó al periodista a detener su coche cerca de la casa y a aproximarse.

Su carnet profesional le abrió las puertas. Era como una obsesión que no le dejaba vivir.

Vio la escena del crimen, un dormitorio.

—¡No toque nada! —le advirtieron.

Las sábanas estaban manchadas de sangre.

—Le asesinaron mientras dormía. No hubo lucha, ni siquiera debió darse cuenta —le dijo alguien a una pregunta suya.

—¿Tienen idea de quién puede ser el culpable? —preguntó Michel.

—De momento, no —le dijo el encargado del asunto—. Nosotros hacemos los informes preliminares, si no se aclara nada, intervendrá la policía de Toulouse. Ya está avisada.

Michel habló del arma homicida.

—Un cuchillo de carnicero.

Seguidamente el periodista se dirigió al depósito. En realidad no había tal depósito, era una dependencia de la gendarmería. Quiso ver a Marc Genet.

—Le habían dejado el cuchillo clavado. Tuvimos que sacárselo. No fue muy agradable —le informaron.

—¿Había huellas? —preguntó Michel.

—No. No las había. Bueno, unas marcas, pero no digitales, unas marcas extrañas. ¿Va a publicar todo esto?

—No. No es mi especialidad. Bueno, no sé lo que haré. La verdad es que no vine para esto.

—Sí. Ya lo dijo la señora Laredo.

—¿Señora Laredo?

—La esposa de Pierre Laredo, del hotel. El patrón —aclaró el gendarme.

—¡Ah!

—Revisamos todas las llegadas. Usted debe saberlo.

—Sí, sí, desde luego. Bueno, disculpe.

Todavía impresionado por la horrible huella que la cuchillada había dejado en el cuello de Marc Genet regresó al hotel, conduciendo casi sin fijarse en nada.

Recorrió entonces los lugares por los que había pasado la noche anterior cuando huía del hotel en pijama.

Sí. Lo recordaba, todo perfectamente, y hasta creía «verlo» como la noche anterior.

Detuvo el automóvil en la esquina. Allí donde estuvo a punto de atropellarle el auto lanzado a toda velocidad. Allí donde se dio el golpe en la rodilla que aún le dolía.

Había un poco de barro en la cuneta, probablemente el mismo que había encontrado en su pijama.

Pasó allí algún tiempo, intentando encontrar alguna explicación.

Entonces se dio cuenta de la proximidad de la casa del difunto Marc Genet.

¡Estaba allí mismo! ¡A unos treinta metros!

Ahora la gente había despejado la acera y sólo quedaban un par de gendarmes de vigilancia.

Saltó del coche y corrió para hacer una pregunta que se le ocurrió de pronto.

—¡Oiga, agente! ¿Se sabe más o menos la hora en que se cometió el asesinato?

—¿No ha preguntado al jefe?

—Se me olvidó. Supongo que no será un secreto.

—Yo sólo sé lo que se dice. Más o menos entre… entre las doce y la una de esta madrugada.

Y Michel se preguntó a sí mismo:

«¿Dónde estaba yo entre doce y una? ¿En el *night-club*? ¿En casa de Eva… o en la calle, en pijama, huyendo de dos seres fantasmales que se estaban peleando? ¿Dónde estaba?».

* * *

—Nunca te has apartado de mi lado, Michel —susurró la voz dulce de Eva.

Michel, bailando de nuevo con aquella extraordinaria mujer, deseó olvidarlo todo, vivir simplemente, no pensar en nada y desvanecer todos sus fatales presentimientos.

Continuaron bailando, silenciosos casi siempre, y ella mostró una vez más aquella sensibilidad exquisita, aquella ligereza sin par al moverse al compás de la música.

Cuando salieron del local, Michel consultó su reloj. Eran las doce.

—¿Siempre cierras a la medianoche?

—Es la costumbre. Aquí la gente madruga mucho, siempre ha madrugado mucho, siempre…

—Y anoche…

—¿Te preocupa mucho lo de anoche?

—Me prometí a mí mismo que no volvería a insistir. Lo siento, pero es que no puedo evitarlo.

—Hoy hablaremos de anoche, querido. Ahora podemos hablar porque ya nos conocemos mejor.

—¿Tú crees?

Subieron a su piso.

Todo estaba igual, las tenues luces, el diván…

Eva sirvió dos copas de su elixir.

—¿Qué es?

—¿Ya no te acuerdas, Michel? Anoche dijiste que te gustaba.

Michel trató de imponerse. Tomó la copa con recelo y olió el contenido. Recordaba perfectamente el aroma.

—No está envenenado. Es el elixir de los tiempos. No importa que no lo bebas.

—No te entiendo.

Ella se aproximó y le tomó la copa para dejarla en una mesa.

—Ahora eres ya mío, querido Michel. Sólo mío. Anoche tenía que probarte.

—¿Probarme?

—Sí, Michel. Hace tiempo que estoy probando… Mucho tiempo. Por eso algunos me llaman caprichosa, frívola, o acaso fría, cuando no hago caso a los que me pretenden.

Él estaba embebido en sus palabras y dejó que continuara.

—Contigo tuve un presentimiento. Nada falló… Hiciste lo que yo quería. Supe que podía contar contigo cuando por equivocación encendiste la luz fosforescente.

—Vi una calavera…

—Cada cual se ve como es —recitó ella.

—¡Vi una calavera!

—Te viste a ti mismo.

—¿Quién eres, Eva?

—Una mujer, ¿no lo ves?

—Hay algo más en ti. Algo más que me fascina, pero que me asusta.

—Tienes que librarme de algo, Michel, y sólo tú puedes hacerlo, y sé que lo harás.

—¿De qué tengo que librarte?

—De dos hombres… Bueno, de uno ya lo has hecho.

—¿Qué dices?

—Lo estás adivinando.

—¿Insinúas que…?

—Tú mataste a Marc Genet.

—¡No!

—¿Recuerdas lo que viste anoche en tu habitación mientras dormías, Michel?

El periodista no pudo reprimir un escalofrío. ¡Ella lo sabía! ¿Cómo?

—Nadie lo vio. Excepto tú. Gritaste y no te oyeron. Saliste del hotel y nadie se dio cuenta. ¿No te parece extraño?

—¡Los esqueletos! ¡Vi dos esqueletos! ¡Eran auténticos! ¿Verdad que eran auténticos?

—El mío y el de alguien que no quiere la venganza a la que tengo derecho.

Michel jadeaba, ya nada le parecía real, a pesar de estarlo viviendo. Se sentía como preso de una pesadilla de la que le era imposible huir.

—¡Por lo que más quieras, Eva! Esto sólo puede ser una burla, una broma de mal gusto.

—La muerte no es broma, querido Michel.

—¿Por qué me llamas querido Michel?

—Porque «eres» mi querido Michel.

Ella le tenía cogido, abrazado, le hablaba con suavidad, con dulzura. Por una vez el periodista no quiso escuchar aquella voz ni ser retenido por aquellos brazos.

—¡Déjame, suéltame! Si no fuera por… por la época en que vivimos, pensaría que eres ciertamente una bruja.

—¡No, calla! Tú no puedes decir esto. No puedes decirlo… Esta noche… Esta noche tienes que matar a Foderich. Son los dos que quedaban; él y Genet… Los otros ya no están, tú acabaste con ellos, en otro tiempo, en otra época. Pero, claro, no puedes recordarlo, no puedes sin haber terminado el trabajo.

—¡Yo no voy a asesinar a nadie! ¿Te enteras? ¡No he matado a Genet! ¡No! ¡No lo he matado! ¡Es falso! Esto es una trampa. Es…

—Tienes que irte —le cortó ella, con aquella voz cada vez más suave, llena de cadencias—. Tienes que irte y hacer lo que debes.

Michel no acertaba a negarse. Se sentía empujado hacia fuera y dominado por aquella melodiosa voz.

—No —apenas logró balbucir.

Pero ya estaba conduciendo su automóvil. Recordando su semblante a través del espejo. Un rostro cadavérico, sin carne, sólo hueso. Recordaba la lucha monstruosa y alucinante de los dos esqueletos en su habitación del hotel.

Y las palabras de Eva resonaban en su mente:

«Tienes que librarme… Sólo tú puedes hacerlo… Sálvame… Sálvame».

Intentó reaccionar.

«No… No puedo caer en sus redes… Me ha… me ha envenenado el cerebro… Estoy actuando como si fuera víctima de hipnosis… ¡No puede ser!».

Cada vez aceleraba más el coche. Los árboles de la carretera eran como gigantes que se cruzaban a ambos lados del vehículo, y él seguía acelerando, acelerando.

Unas sombras se interpusieron de pronto y apenas le dio tiempo a frenar.

Los potentes faros del auto iluminaron las siluetas.

¡Eran dos esqueletos!

—¡No! ¡Fuera, fuera!

Pisó de nuevo el acelerador, para atropellarlos. Luego…

Luego creyó sentir como un crujido de algo, y al igual que la noche anterior, creyó perder el sentido de lo real.

¿O acaso lo había perdido mucho antes?

Como entre brumas se vio en una casa extraña, sentía frío, había muchas cosas colgando de extraños ganchos. No sabía que era aquello.

¿Animales, acaso?

Olía a sangre y a carne de consumo.

Luego aquello desapareció de su vista para posarse sobre los cuchillos. Los había de todos tamaños, largos, afilados.

Alguien dormía en una oscura alcoba, pero él podía verlo, a pesar de todo.

De pronto, vio sangre, mucha sangre. Notó su viscosidad, caliente.

Unos ojos parecían mirarle aterrados, inmóviles.

Quiso olvidar todo aquello y alejarse, y de nuevo pasó por entre aquellas reses y sintió el frío por todo su cuerpo como si la temperatura hubiese descendido de repente por debajo de los cero grados.

Las luces de la calle parecían brumosas, los árboles como fantasmas que desplegaran cien brazos para impedirle el paso, y el hotel allá en lo lejos semejaba una silueta siniestra.

Luego despertó agitado.

La calle estaba llena de gendarmes y la gente hablaba dando voces, más agitada que el día anterior.

Antes de que pudiera preguntar lo que había ocurrido, sabía la respuesta: el carnicero Foderich había sido asesinado.

El arma homicida había sido uno de sus propios cuchillos.

CAPÍTULO IV

Mientras Michel se dirigía hacia la casa de Eva, ya no pensaba en el rigor cronológico con que se habían desarrollado los acontecimientos, sólo tenía una obsesión: registrar la casa de Eva.

Era la hora que ella estaba en el local, lo cual le permitiría una inspección a fondo.

La radio del coche, una emisora de Toulouse estaba informando del segundo crimen de St. Chély.

—En el espacio de unas horas… —decía el locutor—. Siempre en la noche y con una extraña impunidad, el asesino, que se supone es la misma persona, ha perpetrado un segundo crimen. En ambos casos, las personas carecían de enemigos, conocidos al menos. Las dos víctimas eran gente estimada no sólo en la pequeña localidad, sino en toda la comarca. Los señores Genet y Foderich habían nacido en St. Chély y por eso eran conocidos de todos. Ahora la policía investiga activamente el misterio.

Michel cortó maquinalmente. No le interesaba aquello, ni siquiera había querido ver a la víctima.

Un miedo cerval le invadía desde aquella mañana, desde la noche anterior.

Ahora estaba seguro de algo. ¡Él era el asesino! Pero ¿por qué?

Dejó el coche en la parte trasera de la casa de Eva. El luminoso que daba nombre al *night-club* hacía guiños, como si invitara a la gente a entrar.

Michel recorrió el perímetro de la casa buscando un lugar por donde entrar.

Encontró una ventana en forma de guillotina que cedió fácilmente. Tiró de ella hacia arriba y en seguida pasó por el hueco hasta introducirse en la casa. Todo estaba a oscuras.

Habituó sus ojos para no tropezar con ningún mueble, a pesar de que recordaba bastante bien la disposición de la sala.

Cerró bien los pórticos y corrió las cortinas y entonces buscó el conmutador de la luz. Surgió la tenue luminosidad que ya conocía.

Todo estaba igual, intacto.

Pasó a la pequeña cocina y luego al dormitorio. Sólo había uno.

Todo era normal. Un armario con ropa usual para el trabajo de Eva. Todos los vestidos eran parecidos, sólo cambiaba el color. Siempre tonos vivos.

Había zapatos, ropa interior.

Buscó en el secreter y no encontró ningún papel. Ni cartas, ni documentos. Nada. Tampoco había un solo libro.

«Esto no es posible. Esta casa tampoco parece real».

Buscó en derredor y descubrió algo que llamó su atención. Cierto que la casa era pequeña, pero no tanto como para no tener una habitación más.

Por fuera era rectangular y por dentro, calculando la distribución quedaba una parte en la que faltaba algo.

¡Era por el lado de la habitación! ¡Tenía que ser más grande!

—Debe haber una habitación secreta…, aparedada —dijo, expresando en voz alta lo que pensaba.

Tanteó la pared por el lado donde faltaba espacio. Parecía recia. No era un simple tabique.

Desconcertado y sin saber dónde buscar, iba a salir cuando la puerta del armario mal cerrada gruñó ligeramente mientras una de las puertas se abría lentamente.

Fue a cerrarla maquinalmente, pero optó por abrirla. Entonces tanteó el plafón de detrás del mueble y tuvo una corazonada. Buscó un resorte seguro de que allí estaba la entrada secreta que buscaba.

No encontró nada; sin embargo, al apretar una percha vacía que estorbaba escuchó un «clic» y el plafón comenzó a correrse hacia un lado.

Cuando apareció por completo la entrada secreta, Michel vio que más allá había una estancia totalmente a oscuras.

Dadas las circunstancias no pudo evitar un escalofrío. Pero decidió entrar.

* * *

Avanzó lentamente en la oscuridad. Tanteó la pared contraria al armario buscando alguna luz. Pero no la encontró.

Al avanzar un poco más, uno de sus pies no encontró el suelo y se sintió empujado hacia abajo.

¡Había una escalera! Cinco o seis peldaños, a lo sumo. Se resintió de la rodilla dañada en la noche anterior y rápidamente intentó alumbrarse con el encendedor.

A la débil llama del gas de su mechero creyó adivinar que se hallaba en un semisótano, húmedo, de paredes desnudas, como si estuviera en una cueva.

Se incorporó, sintiendo dolor en diferentes partes del cuerpo debido a la caída.

En derredor, con la escasa luz de que disponía sólo podía ver sombras, siluetas confusas de muebles, de objetos varios que no podía precisar.

Cuando logró habituar sus ojos a aquella oscuridad y recibir o percibir más plenamente la luz que le llegaba de más arriba, del otro lado del armario, creyó ver unos candelabros sobre una mesa.

Se aproximó. Tuvo que apagar el mechero porque se había calentado demasiado y le quemaba los dedos con los que lo sostenía. Lo encendió de nuevo y prendió en una de las gruesas velas, luego otra y otra. Eran tres.

La iluminación era ya mejor y pudo ver mirando en torno suyo la estancia, sólo oscurecida en los ángulos.

Semejaba una bóveda, con paredes de piedra.

¡Aquello era una sala!

La sala principal de una casa que debió ser construida siglos antes. Parecía

conservarse todo intacto. Una mesa larga que debía haber sido utilizada para comer. La madera carcomida, vieja se conservaba todavía, pero al tocarla crujía.

Había también un aparador de la misma madera. Y al fondo, avanzando con los candelabros, se encontraba lo que debió ser la cocina, con el viejo hogar y la chimenea tapiada.

En otro rincón había un armario empotrado en un hueco de la pared. Una vieja despensa, y una cómoda, y un inmenso baúl que parecía un sarcófago.

Y cosas, objetos varios, que de momento, Michel no podía retener en la cabeza.

Descubrió también una escalera en un rincón. Una escalera descendente.

¿Dónde estaba? ¿Qué era aquello?

Se dirigió hacia los peldaños y tropezó con un taburete que al caer produjo un ruido siniestro que resonó por aquellas pétreas paredes.

Al llegar al pie superior de la escalera, vio que se perdía en la oscuridad bastante más abajo.

Volvió a mirar en torno suyo y creyó comprender la situación de aquella segunda casa «debajo de la primera».

«Aquí —pensó— debía ser el antiguo nivel del suelo, muchos años antes; luego al hacer la carretera se elevó el suelo y la casa quedó sepultada, pero por alguna razón, Eva ha querido conservarla».

Comenzó a descender los peldaños, hasta llegar a una puerta completamente cerrada.

Intentó abrirla, pero no lo consiguió. ¡Estaba cerrada por dentro!

¿Quién se escondería tras aquella gruesa mampara de madera?

Intentó forzarla, pero la puerta era maciza, segura, a pesar de estar resquebrajada por el paso del tiempo. ¡De Dios sabe cuánto tiempo!

Se volvió de nuevo hacia la planta superior, y entonces escuchó un ruido de hierros viejos, un rechinar propio de unos goznes al girar sobre sí mismos.

Se volvió instintivamente en el momento en que aquella puerta que no había conseguido abrir se estaba moviendo lentamente.

Los goznes rechinaron más a medida que la puerta seguía abriéndose.

Con el candelabro en la mano y una expresión estúpida en el rostro, Michel aguardó.

De pronto, la puerta, completamente abierta y de ella surgió una figura portadora de otro candelabro.

Michel dejó escapar un grito:

—¡Eva!

—¿Qué buscas aquí, Michel? —preguntó con voz ronca, cavernosa.

—¡Eva! ¿Qué es esto? ¿Qué significa esta casa…, todo lo que hay aquí?

Comprendió que era una pregunta estúpida.

La mujer avanzó majestuosa subiendo peldaño a peldaño el tramo de escalera que conducía a la estancia superior.

La situación era tan irreal como lo que creía haber estado viviendo Michel desde la noche anterior desde que puso el pie en el *cabaret* de la mujer.

Ella llegó hasta la planta donde se encontraba el periodista y avanzó hasta situarse a escasos metros.

—Sabía que estabas aquí. «Lo sabía» —recalcó la mujer.

A él no se le ocurrió nada.

Se hizo un silencio, largo, denso, inquietante.

—Te lo hubiera mostrado igualmente, Michel. Te hubiera mostrado cual es mi verdadero hogar… ¡Éste!

—Tú no puedes vivir aquí. Esto pertenece a… ¡Dios sabe qué época! ¿Qué pretendes, Eva? ¿Qué clase de brujería es la tuya?

—¡No nombres esa palabra! Yo no soy ninguna bruja… No hay nada extraordinario en esto. Ven… Te enseñaré algo. Tú sabrás lo que es. Lo adivinarás por ti mismo. Ven. Acompáñame. —Y le indicó el camino de la escalera, tomando ella la delantera.

Eran como dos sombras irreales que se movían. Ella, con su vestido negro, ajado, viejo, pero elegante aún, porque ella sabía cómo llevarlo. Él, por contra, vestido de acuerdo con los signos de la moda actual. La siguió. La siguió como un sonámbulo, como un poseso guiado por una extraña hipnosis.

Bajaron aquella escalera con exasperante lentitud, cual si se tratase de una ceremonia real.

Ella, siempre en cabeza, cruzó el umbral de la puerta que Michel había intentado abrir.

—Creí que estabas en el local —murmuró él.

—Yo estoy donde debo estar, Michel. Porque sabía que vendrías. Lo sabía.

Él no podía, ni se esforzaba ya en comprender. Quería librarse de aquella pesadilla, pero sabía que para ello tenía que llegar hasta el final.

Y cuando ambos candelabros iluminaron la nueva estancia, Michel vio que se hallaba en un dormitorio que pudo estar en boga entre la gente humilde de muchos siglos atrás.

Volvió los ojos a uno y otro lado.

Vio una cama alta, desmesuradamente alta, un armario extraño, rudimentario.

Un par de mesillas de noche con una vela a cada lado y su correspondiente palmatoria.

Vio otro baúl en forma de sarcófago y aquellas paredes desnudas, descarnadas, de piedra viva y tierra rojiza, y sintió que la humedad de la estancia calaba en sus huesos.

Aturdido, sólo acertaba a mirarla a ella que sonreía de un modo extraño, con expresión de triunfo.

—¿Es posible que no recuerdes nada? —dijo ya muy cerca de él.

Por primera vez, su belleza dejó de impresionarle. Se sentía inquieto delante de

aquella mujer enigmática e irreal.

—¿De qué tengo que acordarme, Eva? ¡Habla claro!

—Tenías que hacer lo que hiciste, Michel. Tenías que matar a esos dos hombres para que yo fuera libre —repitió como si recitara un párrafo de algo que estuviera escrito.

—¿Por qué? —inquirió—. Si lo hice, ¿por qué tenía que hacerlo?

—Voy a ayudarte, *mon petit*. Voy a hacerte recordar. Escucha… Pero ven, sentémonos aquí. Ven…

Y ella se aproximó a un banco de madera. Se sentó en él y la madera crujió.

—Vamos, acércate. Ven, amor mío…

Una fuerza irresistible le empujó a obedecer, como si aquella mujer tuviese un poder especial del que le resultara imposible sustraerse.

Se sentó a su lado y ella colocó la cabeza sobre el hombro del joven.

Michel sintió un escalofrío.

Las velas chisporroteaban, impregnando el ambiente de olor a cera.

—¿Recuerdas, Michel? ¿Recuerdas cuando viste tu imagen reflejada en el espejo?

—¿Eh?

—Sí. Confesaste haber visto una calavera.

—Es cierto…

—No era un efecto óptico, amor mío. Era real.

—¿Qué quieres decir? —lanzó la pregunta tontamente, dominado por completo por el extraño poder que Eva ejercía sobre él.

—Tú eres esa calavera, *mon petit*… Te he visto tal como eres. Tal como somos tú y yo, porque no pertenecemos a este tiempo. Somos sólo sombras vagas que estamos pasando por «esta época» para cumplir nuestro destino. Tú también tienes que cumplir tu destino. Y ya has empezado.

—¿Quieres decir que…?

—Estamos muertos, *mon petit*. Muertos —sonrió ella, feliz.

Michel sintió, una vez más, aquella terrible frialdad en su espalda, en todo su cuerpo.

Una frialdad de muerte, más potente aún, se acentuó cuando las heladas manos de la bella le acariciaron su rostro.

CAPÍTULO V

Lo que ella empezó a contarle, no podía aclarar de ninguna forma lógica aquella pesadilla.

Para Michel todo continuaba siendo irreal, y, sin embargo, tenía la certeza de que ya no podría librarse de ello.

—Creíste estar soñando —había dicho ella—. Y en esos sueños viste a un esqueleto que se acercaba a ti, que quería «hacerte daño».

Él tuvo que admitir que sí, y se preguntaba cómo Eva podía estar enterada de aquello.

Había oído hablar de bebedizos y recordó aquel elixir con que ella le había obsequiado.

«Estoy bajo su influjo por efecto de una droga. Eso es», pensó intentando buscar la difícil lógica.

Ella prosiguió:

—Luego otro esqueleto acudió en tu ayuda para que pudieras cumplir tu destino.

Michel guardó silencio, en espera de que ella diera su versión de lo ocurrido.

—Pues bien, mi amor, el primer esqueleto, intentó por todos los medios impedir que tú hicieras «lo que debías hacer».

—¿Matar a Marc Genet?

—Exacto.

—¿Quién era el primer esqueleto? —preguntó Michel, siguiendo aquella absurda explicación como si fuese algo trascendente que pudiese ocurrir todos los días.

—Era… La fuerza del mal.

Aquello no aclaró gran cosa, pero Michel continuó dejándola hablar.

—Luego, aparecí yo para ayudarte.

—¿Tú eras… el segundo esqueleto?

—Sí, querido. Tenía que ayudarte y sólo podía hacerlo de esta forma.

—Si tanto es tu poder, ¿por qué no matabas tú misma a Genet y al otro? ¿Por qué me elegiste a mí?

—Porque tenías que hacerlo tú. Hace años, muchos años no pudiste hacerlo.

—¿Qué?

—Intentaste salvarme de la hoguera, en aquella terrible noche en que fui injustamente condenada.

—No entiendo. ¿De qué noche hablas?

Ella volvió los ojos hacia un ángulo de la habitación. Un viejo calendario colgaba de la pared. Posiblemente, Michel lo había visto ya, pero sin fijarse demasiado, sin ver el año.

Fue entonces, cuando con ojos desorbitados, descubrió la hoja que colgaba en la pared.

¡Pertenecía al mes de noviembre de 1230!

Se aproximó al calendario. El papel era antiguo y la impresión hecha a mano, rudimentaria, pero por lo demás no acusaba en absoluto el paso del tiempo.

—No puede ser —dijo en voz alta, expresando lo que pensaba.

Ella se le aproximó para murmurar:

—El tribunal me había condenado. Tú no estabas en casa. Cuidabas de las tierras. Te enteraste cuando al regresar no me encontraste en casa. En esta casa donde tan felices habíamos sido.

Michel volvió a mirar aquellas paredes, los muebles, todo. La voz de Eva prosiguió:

—Intentaste luchar para que no me arrojaran a la hoguera, pero te lo impidieron. Los culpables de aquello fueron el reverendo Genet, que pronunció la sentencia, y el fiscal acusador Paul Foderich.

—¿Cómo?

—Sí, querido. Los hombres a los que tú mataste para liberarme.

—¿Quieres decir que Genet y Foderich son los descendientes de los componentes de un tribunal que existió en esas fechas?

—No son los descendientes, Michel. ¡Son ellos!

—¡Oh, no! ¡Basta! —exclamó el joven, intentando volver a la realidad.

—No intentes luchar contra el destino, *mon petit*. Tú querías salvarme entonces… ¡Querías hacerlo! Pero no pudiste… Sólo con la venganza de quienes injustamente me condenaron podré ser libre, para que mis cenizas reposen allá. En la colina de S. Chély.

—¡Basta, basta! Todo esto es… imposible. Déjame en paz. No me importa quién seas, ni de qué medios te vales. No te veré nunca más, nunca.

Ella le miraba en silencio, sonreía como si juzgara las palabras de Michel, como el simple pataleo de un niño ante la reprimenda de un adulto.

—¿No te das cuenta, Michel? ¿Qué es lo que te trajo aquí? Contesta tú mismo. ¿Qué es lo que te trajo aquí?

Él vaciló. ¡Era verdad! ¡Estaba allí para hacer un reportaje sobre la Inquisición, sobre las hogueras, las brujas y los herejes!

Eva acentuó su sonrisa.

—No fue por casualidad que te designaran para este trabajo. ¿No lo comprendes? ¡Tenías que ser tú, Michel! Tenías que ser tú.

—Es imposible. Esas cosas no pueden ocurrir —comentó, expresando en voz alta su sentir.

Se alejó hacia la puerta, como lo hubiera hecho de una habitación en llamas.

—Es inútil que huyas, *mon petit* —susurró ella.

Michel subió la escalera a trompicones, tropezando en cada peldaño.

Cruzó el viejo comedor de aquella casa fantasmal, y pasando a través de la abertura del armario volvió a la época actual personificada en la lujosa y moderna sala de la casa de Eva. La abandonó como si aquello formara parte también de todo lo

irreal que le rodeaba, y que lo vivía como si fuera algo trascendente y normal.

En su fuga por respirar el aire fresco de la calle tropezó con el diván, y sus manos fueron a parar a la placa de interruptores de la luz.

La iluminación indirecta oscureció para dar paso a la instalación fosforescente.

Y una vez más, su rostro quedó reflejado en el espejo, y en él, Michel vio su calavera.

—¡No, no! —gritó como un poseso.

Se levantó, derribó algo, tropezó con una mesa y continuó buscando la salida.

Antes de alcanzar la puerta pudo escuchar una risa siniestra que degeneró en una escalofriante carcajada.

Era la risa de Eva. ¡La risa de Eva!

Maldijo su encuentro y todo lo que le había llevado hasta aquel lugar.

Logró al fin dar con el pomo de la puerta. Dio la vuelta y al fin recibió el tan deseado aire fresco del exterior.

Huyó de allí hacia su automóvil, deseando alejarse lo más rápidamente posible.

Lo había decidido ya. Se iría aquella misma noche, tan pronto como pagara su cuenta en el hotel y recogiera sus cosas.

Pisó a fondo el acelerador, sin darse cuenta de la presencia de dos gendarmes que habían salido del local de Eva.

Los agentes iban en sendas motocicletas y al darse cuenta de la velocidad del periodista, cambiaron una mirada entre sí.

—¡Vamos! —dijo el uno al otro y dando gas a sus respectivas máquinas se lanzaron tras él.

El periodista continuaba acelerando, casi sin ver la carretera, porque sus pensamientos se convertían en imágenes y no dejaba de aparecer ante él la macabra escena del cadáver de Genet y del carnicero.

Veía desfilar a través del parabrisas una cohorte de esqueletos, de seres fantasmales que le impedían otra visión.

Pero seguía pisando, pisando a fondo.

Hasta sus oídos llegaba de algún lugar la risa de Eva, aquella carcajada que parecía surgir de lo más profundo de una caverna.

Gruesas gotas de sudor perlaban la frente del periodista y se deslizaban por sus mejillas.

Era el suyo un sudor frío, un sudor de muerte.

Los motoristas no podían ganar terreno en absoluto porque el auto de Michel había rebasado ya los ciento veinte kilómetros, en una carretera demasiado estrecha para ir a semejante velocidad.

Michel advirtió el peligro cuando se aproximó a la curva. Vio los árboles de la cuneta y quiso doblar el volante, pero sus movimientos resultaron torpes, tardos, como si sus reflejos se negaran a obedecerle.

Pisó el freno desesperadamente y sólo consiguió ver uno de aquellos árboles

aproximarse más, más, más…

Supo que iba a estrellarse.

Sin embargo, no escuchó ningún golpe. Lo único que sintió es que su mente se sumía en la oscuridad mientras le invadía la sensación de caer en un profundo abismo. Un abismo sin fin.

Y en aquella caída fantástica, aún podía escuchar la risa de Eva, y recordar sus palabras:

«No puedes luchar contra tu propio destino, *mon petit*. No puedes luchar contra tu propio destino».

* * *

Despertó en el hospital, y cuando pudo relacionar las palabras que escuchó a su alrededor, supo que hablaban de él.

—Parece imposible.

—A la velocidad que iba. Llegó a alcanzar los ciento treinta.

—De cien casos, noventa y nueve no lo cuentan.

—Y apenas si se hizo un rasguño.

Empezó a coordinar, y los que estaban allí se dieron cuenta de que había despertado.

—¿Cómo se encuentra? —le preguntó un hombre maduro, enfundado en una bata blanca.

—No sé… Como si… hubiera dormido mucho tiempo.

—Sólo hace dos horas que le han traído.

—Un accidente, ¿verdad? Sí… Creo que fue en la curva —recordó Michel.

—Iba usted a mucha velocidad. ¿No podía, acaso, dominar el coche? —la pregunta procedía de uno de los gendarmes que le habían seguido—. Íbamos detrás de usted. ¿No nos vio?

—No. No me di cuenta.

—Bueno, ahora no le molesten. Las preguntas ya se las harán mañana —intervino el doctor.

—¿Qué me ha ocurrido? ¿Tengo algo roto? No siento nada.

—No. No tiene nada roto —repuso el médico—. Una ligera conmoción. Se dio un golpe en la cabeza, pero muy leve. Al parecer, su cabeza se desvió por el lado de la ventanilla que tenía usted abierta. Se golpeó con el quicio, y nada más. Pudo haberse clavado el eje del volante y romperse la base del cráneo, pero no ha sucedido nada de eso. Si en medicina existiera la palabra milagro, no vacilaría en aplicarla a su caso. En fin, ahora descanse. Tendrá que permanecer en observación. Si necesita algo, o se encuentra indispuesto, llame el timbre. Las enfermeras le atenderán. No vacile en hacerlo. Puede moverse, ¿verdad?

Michel sacó las manos y las estiró. Luego alcanzó el timbre.

—Sí, me encuentro bien.

—Lo celebro.

—¿Doctor? ¿Qué hora es?

—Medianoche.

—Pensaba irme hoy. Regresar a París.

—¿Por qué tanta prisa?

—Puesto que estoy bien…

—No perderá nada quedándose aquí, por lo menos uno o dos días.

Michel asintió. Luego los policías se fueron también y quedó a solas con sus pensamientos.

Lo ocurrido volvió a su mente. Recordó perfectamente el motivo de aquella loca carrera causante del accidente que le retenía en la pequeña localidad de la que hubiera preferido encontrarse lejos.

Pensó nuevamente en ella, en Eva, y quiso borrar su recuerdo de la mente.

Luego, vino una enfermera a suministrarle una inyección por prescripción del médico.

Por unos instantes, mientras la muchacha le pinchaba en la vena, él, al observarla, creyó estar de nuevo en presencia de Eva.

¡Sí! ¡La enfermera era Eva!

Sus ojos aumentaron de tamaño y no pudo reprimir un grito:

—¡No! ¡No quiero que me inyectes! ¡Fuera!

Y Eva con una sonrisa enigmática seguía introduciendo el líquido en el vaso sanguíneo de Michel.

—¡No! —volvió a gritar el periodista—. Y trató de mover el brazo para librarse del pinchazo, pero notó que no podía hacerlo.

—¡Me estás matando, me estás matando, bruja! ¡Suéltame! ¡Suéltame!

Era inútil, tenía el brazo paralizado, y empezaba a sentir un extraño sopor por todo su cuerpo.

Hizo un esfuerzo supremo tan inútil como los anteriores, mientras Eva parecía complacida adivinando el temor del hombre que estaba a su merced.

—Es una conspiración… Una conspiración contra mí. ¡Basta!, ¡basta!

Entonces advirtió que ni siquiera oía su propia voz. Había estado gritando inútilmente.

Hizo otro tremendo esfuerzo para que el grito surgiera definitivamente de su garganta:

—¡Basta!

La voz de la enfermera, un tanto alterada, le sacó de su alucinación.

—¿Le he hecho daño?

El joven creyó volver de un largo letargo. Miró a la joven. Era una muchacha pelirroja, agraciada, con una leve sonrisa en los labios. Le miraba con cierta

extrañeza.

—¿Le he hecho daño? —repitió.

Michel trató de mover el brazo y pudo conseguirlo. Luego se fijó en la joven como si fuera la primera vez que la viera y respondió:

—No, no…

—Ha gritado usted…

—Sí. Tal vez… Lo siento. Yo… Bueno, debió ser de forma inconsciente.

—¿Se encuentra bien ahora?

—Sí. Creo que sí.

—Procure descansar. La inyección le ayudará. A pesar de que no haya sufrido daños, el reposo es conveniente. Pasó por un terrible *shock*. Ha tenido mucha suerte, señor Laval.

La enfermera desapareció tras haberle arropado.

Lentamente, Michel sintió los efectos del sedante, notó que los párpados comenzaban a pesarle y le invadía el sueño. Se entregó a él, deseando descansar, olvidar. Olvidar…

Sin embargo…

Nunca supo si fue sueño o realidad cuando se abrió la puerta y vio aparecer a Eva que avanzó lentamente hacia él, silenciosa, hasta detenerse en la cabecera de la cama, como pretendiendo velar su sueño.

Intentó hablarle, pero no pudo.

Al mirarla fijamente creyó verla a través de aquella luz fosforescente y la carne de su rostro comenzó a desaparecer con lentitud, como si «algo la borrara».

Luego la bella imagen de la mujer, desapareció por completo, para mostrar únicamente un rostro descarnado, una faz cadavérica que acabó siendo una simple calavera.

Michel intentó decir algo, pero no pudo, ni siquiera estaba asustado.

Ni tampoco sintió miedo cuando aquel rostro macabro fue aproximándose al suyo… y una voz susurrante, cavernosa, parecía decirle:

—Eres mío, *mon petit*. Siempre lo has sido, porque tú me amas, sé que me amas…

Y aquellos dientes calcinados se acercaron a la boca del periodista.

Michel notó el frío beso de la muerte.

CAPÍTULO VI

Le habían dado de alta al segundo día. Nada le impedía marcharse, sin embargo, ya no lo deseaba.

Durante su estancia en el hospital había decidido investigar en los viejos archivos de la localidad.

Mientras tanto la policía, con un inspector llegado de Toulouse, seguían investigando los dos crímenes ocurridos durante el pasado fin de semana.

Él, Michel, consiguió los primeros informes en uno de los dos archivos históricos de la ciudad, pero el material que encontró era de épocas demasiado modernas.

—Puede ir al museo Comarcal —le informaron—. Allí guardan viejos legajos. Quizá pueda encontrar lo que busca.

Aquella tarea le absorbió durante tres días que pasaron como un soplo, porque Michel pasaba las horas encerrado allí dentro, comprobando viejos escritos, polvorientos legajos, papel amarillo escrito algunas veces con caligrafía difícil de entender.

Por fin dio con lo que más le aproximaba a la realidad. Eran informes posteriores al tiempo que buscaba, y en ellos se decía:

> *Se dice que el incendio que destruyó todos los documentos, de los tiempos de la Inquisición, no fue casual. La posibilidad de venganzas entre los descendientes de quienes fueron sacrificados, podría ser la causa de la deliberada destrucción…*

Comentó aquello con el presidente del patronato local de los archivos, quien le contestó:

—Nunca se había hecho un estudio profundo sobre los hechos de los años por los cuales se interesa. Yo he leído algunas cosas, pero siempre las consideré vaguedades, hipótesis, sin una base sólida. Comprendo que usted quiera hacer un reportaje lo más veraz posible, pero me temo que tendrá que trabajar con el material que ya ha visto.

—He tomado algunas notas, pero me gustaría conocer nombres.

—Eso va a ser imposible.

—Escuche… ¿Existe algún documento donde se hable de posibles reencarnaciones?

—¡Oh! Por supuesto que no. Esto ya entraría en el terreno de lo fantástico.

—Sí, sí, pero… En aquella época la gente era muy supersticiosa.

—Y aún lo sigue siendo, aunque menos, afortunadamente, pero no entiendo a qué reencarnaciones puede usted referirse. ¿Busca algún nombre en concreto?

—Pues… —Michel vaciló, pero tampoco creyó necesario comprometerse y terminó por decir—: No, no. Era solamente una suposición. Me interesa todo el

material posible. Bien, muchas gracias por todo.

—¿Hará aquí ese reportaje?

—Pues, no. Mañana regresaré a París, tengo que poner las cosas en orden.

—Bueno. Estamos a su disposición. Si necesita consultar algo más, aunque esté en París, no vacile en llamarme o escribirme.

El periodista agradeció las atenciones recibidas, y al salir a la calle, sus ojos se volvieron hacia la colina de St. Chély. Todavía no había subido a ella.

Le indicaron un taller donde podía alquilar un coche, y tras ajustar el trato con el propietario, tomó el auto y se dirigió hacia la montaña.

Era por la tarde y brillaba aún la luz del sol.

La montaña era prácticamente un cerro, sin más atractivo que el de la vista del valle, con el río, medio oculto por una zona de abundante y verde vegetación. Michel había visto lugares de mayor belleza panorámica.

El camino hasta el cerro carecía de pavimento alguno y era por demás solitario.

No había ningún vestigio de cementerio. Si durante algún tiempo las cenizas se arremolinaron en aquella cumbre, ¡Dios sabe dónde habrían ido a parar en el transcurso de los siglos!

El sol comenzaba a esconderse y la hora del crepúsculo se aproximaba.

Michel dio una última ojeada en derredor y decidió regresar.

Aquella noche, pagó la cuenta del hotel, alegando que al día siguiente se marcharía temprano.

—Como me he quedado sin coche, tengo que ir a Toulouse a tomar el tren para París. Hay uno que sale a las siete, por lo que tendré que madrugar.

Pagó el importe y telefoneó al garaje.

—Me llevaré su coche a la estación de Toulouse, tal como quedamos —le dijo al propietario del vehículo—. Saldré de aquí más o menos a las cinco de la madrugada.

Del otro lado del teléfono le respondieron.

—Si no le importa, haré el viaje con usted. Yo también tengo que ir a Toulouse. ¿Le importaría pasar a recogerme? No me viene de un minuto, pero a las cinco, ya estaré a punto.

—No, no tengo inconveniente —repuso el periodista.

Todo estaba ya solucionado. Únicamente le quedaba pasar una noche más en St. Chély.

Tras la cena, fue a dar un paseo hasta un bar para tomar un coñac y luego regresó.

Procuraba no pensar en Eva, aunque durante su investigación no había hecho otra cosa que recordarla.

En realidad, si llegaba a escribir el reportaje; tendría que girar en torno a ella. Incluso había pensado en escribir como una especie de memoria personal de su estancia allí, pero estaban aquellos crímenes…

Sin embargo, y mientras tomaba el coñac en el bar, Michel se sentía bastante más aliviado, debido a que en aquellos tres últimos días, en realidad, desde que había

dejado el hospital, no había vuelto a soñar con la mujer y por ello se sentía lejos de su influencia.

«Era aquel brebaje que me daba, aquel extraño licor», se repetía a sí mismo.

Llegó incluso a pensar que lo ocurrido en los primeros días había sido fruto de alguna alucinación provocada por lo que sólo podía ser una droga.

«¡No! —se dijo una vez más—. Yo no pude matar a esos dos hombres. Es imposible… Algo que no tiene explicación. En París, con más calma, lejos de este ambiente, creo que descubriré la verdad de todo lo ocurrido».

A pesar de lo extraño de todo lo sucedido, Michel quería, más que nada, convencerse a sí mismo de que todo había sido «provocado», pero quería guardar el secreto para él, para que no se rieran, o acaso para no verse complicado. Deseaba estar lejos aunque no huir. Ya no sentía miedo. Era como si se hubiese curado.

Decidió ir a descansar. Eran más de las diez y en la salita de la televisión, ya no quedaba ninguno de los escasos clientes del hotel.

Subió a su habitación, arregló su equipaje para que a la mañana siguiente lo tuviera ya todo dispuesto. Cerró la ventana, se desnudó y se metió en el lecho.

Como siempre, antes de dormirse, hizo un repaso general a los acontecimientos, pensó brevemente en Eva, pero supo resistir a la tentación de llamarla para despedirse, y ni mucho menos verla por última vez.

Se movió dentro de la cama, y notó como si entre las sábanas hubiese algo, un papel crujiente le pareció. Lo buscó y lo sacó para ver de qué se trataba.

En efecto. Era un papel amarillento por el paso del tiempo, caligrafiado con una escritura similar a la que había visto en los viejos legajos que estuvo estudiando.

Entonces observó que era una página que parecía arrancada de uno de aquellos libros.

¡Estaba seguro de no haber arrancado nada! ¿Cómo había llegado hasta allí?

Se aproximó a la lamparilla de la mesita de noche, que ya había sido repuesta tras la rotura de la primera noche y leyó.

A medida que iba enterándose del contenido, experimentaba continuos escalofríos.

En los tres últimos días había dejado de sentir miedo, pero de repente, todo volvía como antes, como al principio.

—No… No es posible —musitó.

Releyó de nuevo lo que ya había comprendido perfectamente.

Personas condenadas en el proceso de 12 de noviembre de 1230 actuando como presidente el Rvdo. Marc Genet…

Seguía una relación de nombres, y señalado con un círculo hecho a lápiz podía leerse:

Eva Laval.

¡Eva Laval!

Su propio apellido. Él era Michel Laval, y aquella muchacha allí anotada se llamaba también Laval.

Luego seguía la anotación:

> *Las acusaciones fueron probadas y sostenidas por el ayudante, señor Foderich, que firmó en el acta del proceso y actuó de testigo durante la ceremonia de cremación de las herejes.*

Soltó aquel papel como si fuese una tea encendida, pero en seguida lo recogió:

—Ella lo ha puesto aquí. ¡Estoy seguro!

Lo examinó de nuevo y le pareció auténtico. Llevaba el número de una página y se notaba que había sido arrancado.

Él había examinado hojas parecidas, con el mismo papel y similar escritura.

—Tengo que comprobar si es verdad…

Sin dudarlo llamó al director del museo a su casa. Le había facilitado su dirección y ahora estaba haciendo uso de ella.

—¿A estas horas? —inquirió el director.

—Sí. Sé que es un poco intempestivo, pero he decidido marchar esta madrugada y si no pudiese hacer la consulta ahora, tendría que retrasarme un día…

—Bueno. Iba a acostarme, pero… En fin, si tanto interés tiene para usted.

En diez minutos llegó junto al museo y aún tuvo que esperar al director, que reiteró la anormalidad.

—Siento causarle estas molestias. Sólo…, sólo quiero hacer una comprobación.

Buscó entre los legajos que ya había leído con anterioridad y eligió el que le pareció que podía corresponder a aquella hoja.

Como el director no estaba mirando, pudo cotejar la escritura de la página arrancada con la del libro.

«Parece la misma», tuvo que admitir el periodista.

Entonces buscó las páginas. Faltaban varias, y entre ellas la que tenía entre sus manos.

Con la ayuda de la lupa, de la que ya se había servido con anterioridad, dio otro repaso a lo escrito.

Las letras coincidían, sobre todos las «tes» y las «emes». Tenían las mismas características, aparte de que el aspecto general de la escritura, ya de primera impresión, daba la sensación de haber sido escrita por la misma mano.

Iba a guardar el papel, cuando el director le sorprendió:

—¡Señor Laval!

—¿Eh?

—No puede usted llevarse ninguna hoja… Le he dejado examinar esto bajo mi responsabilidad, creí que únicamente deseaba obtener algunos apuntes. Esto que ha hecho no está bien…

—¡Oh, perdone, yo no…! Está usted confundido… Esta hoja no la he arrancado.

El director estaba allí, delante de él, mirándole con severidad.

Michel tuvo que mostrarle la hoja.

—Es el mismo papel…

—Mire esta fecha, señor. ¡Fíjese bien! No hay ningún documento. ¡Es precisamente lo que buscaba!

—Hum —murmuró el director, aproximando el escrito para leerlo.

Una ráfaga de viento surgió de alguna parte. Una puerta se cerró de golpe, al mismo tiempo que la luz se apagó.

—¡Vaya! ¡Una avería! Todo son complicaciones. Voy por una linterna… Le ruego, señor Laval que no trate de aprovecharse de esta situación. Siento tener que hablarle así.

—Lamento que desconfíe de mí, señor. Pero quiero que se convenza de que yo no…

Antes de terminar la frase volvió la luz. Entonces el director se dio cuenta de algo:

—Oiga, Laval. ¿Qué significa esto? Esta hoja está en blanco.

—¿Qué?

El periodista arrebató la hoja que el director del museo tenía todavía en la mano.

Efectivamente. ¡La hoja estaba en blanco!

No supo qué decir. El del museo lo tomó como una broma.

—No le entiendo. ¿Qué pretende con esto? Me hace levantar de la cama, para que le abra a estas horas… Luego me entrega esa hoja.

—Estoy verdaderamente confundido, señor. Lo siento, lo siento.

Se disculpó torpemente y se alejó.

Michel estaba seguro de aquello que había leído, y estaba, ahora sí lo estaba, de que la hoja pertenecía a aquel libro o a otro escrito por la misma mano.

Cuando estuvo de regreso en el hotel tampoco le extrañó la visita que le estaba aguardando.

Eva.

CAPÍTULO VII

—¿Todavía dudas? —murmuró ella en pie, en un extremo de la estancia.

Su voz sonaba como casi siempre, lejana, impersonal.

—Dime qué tengo que hacer, Eva. Necesito que me dejes en paz. Dímelo.

—Tú has cumplido ya tu misión. Creí que te habrías dado cuenta. Pero insistes en querer vivir en un mundo que ya no te pertenece.

—Entonces… Según tú, ¿qué es lo que tengo que hacer? —preguntó él, mirándola resignado, o acaso subyugado por los ojos brillantes y fijos de la mujer.

—Tenemos un sitio en St. Chély. Tú y yo…

—¿Qué…?

—Allí donde fueron mis cenizas. Tú lo has visto esta tarde.

—Me has seguido. —Y se dio cuenta de que acababa de decir una estupidez.

Ella sonrió comprensiva.

—¿Crees que tengo necesidad de seguirte para saber lo que haces, esposo mío?

—¡Yo no soy tu esposo!

—¿Por qué has dejado de quererme?

Ella se acercó y el joven extendió la mano, como tratando de apartarla.

—No, Eva, te lo ruego, déjame…

—En seguida te sentiste atraído hacia mí. ¿Por qué me rechazas? Tu destino va ligado al mío, querido. Anda, vamos, los dos juntos. Reposaremos para siempre en el sitio que nos corresponde.

—No, no…

Michel volvía a sudar. Empezaba a comprender cuál era su destino, según «ella».

—Tus cenizas y las mías reposarán en paz, querido, como símbolo de lo mucho que nos hemos amado… Tú, tú has hecho posible que el descanso sea total. La venganza está cumplida. Nos separaron en vida, pero ya nadie podrá separarnos jamás a partir de que estemos juntos allá arriba, en lo alto…

—Apártate, Eva. Mañana me voy. Ya no volverás a saber de mí.

—Tú no puedes irte, Michel. Ahora ya no puedes… No puedes dejarme.

—No, Eva, no —sin darse cuenta había llegado hasta la pared. Su espalda chocaba contra ella, y Eva seguía avanzando.

Desesperado, quiso librarse de aquel acoso, y cogió los brazos de ella, que se movían extendidos en busca de su rostro.

—¡Fuera, apártate! ¡Aparta de mí!

Intentó retorcérselos, pero como cada vez que intentaba algo en su presencia, se sentía sin fuerzas. Sus miembros le pesaban demasiado para poder moverlos con soltura.

Ella le atenazaba prácticamente en un abrazo frío, glacial como la misma muerte.

—¡Tengo que librarme de ti…! Tengo que librarme de ti —consiguió gritar, mientras las manos de la mujer le producían continuos escalofríos al sentirlas sobre la

nuca.

—¡No, no! ¡Fuera!

Consiguió al fin empujarla, pero ella continuaba agarrada a su cuello, en aquel extraño y pegajoso abrazo.

Cayeron los dos rodando por el *parquet* del piso.

—No, querido… Nuestros destinos tienen que ir unidos para siempre…

Él se debatía, tratando de desprenderse de Eva.

—Amor… Has tenido la oportunidad de librarme de los culpables…

—¡No es verdad!

—Tú me hubieras salvado de la hoguera. ¡Querías hacerlo!

—¡No! ¡No! —Y Michel ni siquiera supo por qué lo había dicho.

De pronto todo le pareció que oscurecía a su alrededor y una extraña visión apareció ante sí.

Era la visión de una época remota y todo lo que podía ver era a través del resplandor de unas llamas.

Veía en un claroscuro intermitente unos rostros ávidos de muerte.

Y hasta sus oídos le llegaron los gritos de las condenadas en la hoguera.

Vio a la muchacha desnuda cómo era empujada hacia el fuego, vio también la que había sido llevada con Eva.

Y se vio a sí mismo intentando arremeter contra los que intentaban tirar a «su mujer» al fuego.

Era él. ¡Michel! ¡Michel, que tenía ante sí a la misma Eva que se debatía para impedir que la arrojaran!

Y el fuego crepitaba, y entre el resplandor pudo ver también los rostros de Genet que vestía de negro. Su mirada era siniestra. Igual que la de Foderich, siniestra y lasciva.

—¡Al fuego, al fuego! —gritaban unas voces roncas.

Y las doncellas seguían gritando, hasta que el dolor era ya demasiado grande, y entonces la carne quemada, comenzaba a desprenderse, dejando al descubierto los huesos que comenzaban a ennegrecerse.

Michel miraba aterrado todo aquello que parecía tan real como si estuviese sucediendo «otra vez».

—No es posible —dijo en voz alta—. Esto ocurrió hace siglos. Muchos siglos.

—El tiempo no existe para nosotros. Es sólo una ilusión —repuso la voz de Eva —. Una ilusión. Pasado, presente y futuro no cuentan para la eternidad…

—La eternidad —repuso él automáticamente.

—Sí, querido, vivimos en la eternidad… Estamos unidos por la eternidad…

—¡No! —gritó él, viendo cómo seguía esforzándose para zafarse de los que impedían que protegiera a su esposa.

Ahora ya no le cabía ninguna duda. ¡Era él! ¡Él!

—No… No tuvimos descendientes. No los tuvimos. No podemos ser sucesores…

—dijo.

Y la voz de Eva replicó:

—Eso te hará comprender que todo sigue igual…

—¡Cielos, cielos!

—No has podido salvarme, pero no importa, no importa, seguiremos juntos, porque nunca nos hemos separado.

Entonces, como si no fuera Michel quien hablara, su propia voz viniendo de lejos, musitó:

—Yo tenía que salvarte… Tenía que hacerlo.

—Sí, querido, Porque me amabas…

—¡No! —exclamó la misma voz.

—Habla, querido.

—Yo… Yo fui quien te denunció al tribunal. Te acusé de brujería.

—¡Amor mío!

—Sí, fui yo. ¡Fui yo!

—¿Tú lo hiciste?

—Quería librarme de ti, quería librarme de ti. ¡Dios mío! Fue una locura. Me di cuenta demasiado tarde.

—Sigue, querido. Confiesa. Confesar es bueno. Todos debemos confesar alguna vez.

—Estaba como endemoniado por… alguien.

—¿Una mujer?

—Sí… La vi en una de sus ceremonias. En St. Chély. En la colina… Ella me dijo que yo no sería feliz hasta que me librara de ti.

—¿La amabas?

—¡No, no!

—Pero le hiciste caso.

—Bueno… Sentí que tenía que hacerlo. Aquella mujer me tenía obsesionado. No podía resistirme a su influjo.

—¡Oh, siempre fuiste débil, cariño! Pero yo amo tu debilidad… Sé que me denunciaste. Lo supe siempre…

—Me arrepentí, Eva. Me arrepentí, pero ya era demasiado tarde.

—¿Quién es esa mujer?

—¡Te van a quemar por mi culpa! —gritaba la voz de Michel, desesperadamente —. ¡Te van a quemar por mi culpa!

—¿Quién te ha embrujado, *mon petit*? —siguió la voz susurrante de Eva.

—Yo no quiero que te quemen. No quiero estar embrujado. ¡No quiero que te quemen! ¡Me arrepiento! ¡Me arrepiento!

—Ya es tarde, mi querido Michel. Ya es tarde.

—¡No, no!

—El nombre de esa mujer.

—Ni… Ninon… Ninon de Levallois.

—¡Ninon!

—Sí.

—Ha muerto decapitada.

—Sí. Yo la maté. Cogí un hacha y la maté. Tenía que hacerlo…

—Lo hiciste por mí.

—Tenía que hacerlo. Tenía que hacerlo.

Las llamas acababan de consumir el cuerpo de Eva en aquella terrible hoguera. Michel lloraba, jadeaba, gritaba.

—Todo ha terminado, *mon petit* —musitó la voz de Eva con un tono musical, cadencioso.

Michel se incorporó en la oscuridad. Tenía un hacha en la mano. Estaba furioso.

—Tengo que matar a Ninon. ¡Tengo que hacerlo! —gritó como un loco.

Se movió por la habitación oscura, escuchando todavía el chisporroteo del fuego y el olor a carne quemada.

Anduvo sin saber exactamente hacia dónde. En la soledad y silencio de las calles de St. Chély sus pasos resonaban recios y seguros.

Cruzó la plaza, y se escondió tras un árbol cuando vio aproximarse el automóvil que cruzó de prisa, iluminando brevemente las casas.

Michel se dirigió hacia una de aquellas casas, con el hacha bien asida entre sus manos.

Era una edificación de planta y un solo piso. Se introdujo por una ventana. En la puerta podía verse el nombre del inquilino de la vivienda: Gastón de Levallois.

El coche había dado la vuelta a la plaza y se detenía frente a la casa.

Un matrimonio de edad madura se apeaba del automóvil.

—Entra tú. Yo iré a dejar el coche en el garaje —dijo el hombre.

—Dame las llaves.

—Espera —el hombre las buscó para entregárselas a su esposa.

Michel estaba ya dentro y caminaba a través de un corredor.

—No las encuentro —murmuraba en la calle el hombre.

—¿No las habrás perdido?

—Sólo hemos ido a casa de tu hermana…

—Bueno, no te pongas nervioso… Ya sé que no te gusta conducir de noche. La culpa es mía por no haber marchado antes, pero vemos tan poco a mi hermana.

—¡Espera! Ahí están —dijo el hombre, sacándolas del bolsillo trasero del pantalón.

—No pongas el coche en el garaje. Total por unas horas.

—Ya sabes que no me gusta dejarlo en la calle.

Michel se había detenido un momento frente a una puerta que luego empujó levemente.

Al cruzar el umbral pudo oír la tranquila respiración de alguien que estaba

durmiendo.

En la calle, la mujer había tomado las llaves y se dirigía hacia la puerta de la casa para abrir.

Michel se aproximó a la cama, de donde procedía la respiración acompasada.

Era una muchacha la que estaba durmiendo. Aparentaba unos veinte años, poco más o menos.

Fuera, el hombre ponía en marcha el motor del auto para conducirlo al garaje, que estaba al lado.

La mujer se volvió antes de abrir la puerta.

—¡Gastón! No te olvides el paquete. Ya sabes, lo que nos ha regalado mi hermana.

Michel levantó el hacha en alto. La muchacha seguía durmiendo.

La ventana, con los pórticos medio abiertos, permitía que se colara en la habitación el resplandor de las luces de la plaza, que llegaban atenuadas.

Michel calculó bien el golpe. Sus ojos brillaban por una extraña emoción. Todo su cuerpo ardía.

Sus manos, firmes y seguras, bajaron rápidamente.

La muchacha abrió los ojos en el último instante, pero ya no pudo gritar.

Sonó un golpe seco, apagado, y en seguida se escuchó un abundante goteo.

Era la sangre que manchaba las sábanas y la colcha y se escapaba por los lados hasta caer al suelo.

La cabeza de la muchacha, cuyos ojos estaban desorbitadamente abiertos, estaba separada del tronco.

Michel pareció volver en sí, al escuchar el ruido de una llave que se introducía en la cerradura.

Miró el hacha que aún tenía en la mano. Entonces se fijó en la sangre que se escapaba a borbotones por aquel tronco sin cabeza.

Y la cabeza a punto de caer, en extraña posición, tenía los ojos mirándole a él.

Michel, jadeante, salió de la habitación. Estaba en el piso alto y alguien se movía en la planta baja. Buscó una salida, y la encontró en otra habitación, mientras los pasos de la mujer que acababa de entrar, resonaban ya más cerca.

Las luces de la planta baja se iluminaron.

Michel se colocó sobre el alféizar de una ventana, tomó impulso y saltó hacia el suelo. Era la parte trasera de la casa, cubierta de césped, que amortiguó el golpe de su caída.

Sin soltar el hacha, emprendió una loca carrera para huir de allí.

Todavía no había llegado al hotel, cuando creyó oír el grito desgarrado de la madre, que acababa de descubrir aquella macabra visión.

—¡Ah! ¡Aaaaah!

Y aquellos gritos parecieron tener eco en toda la localidad.

CAPÍTULO VIII

En la habitación del hotel, jadeante todavía, Michel observó su pijama salpicado por la sangre de la víctima. Por la calle se oían voces.

El periodista, contemplaba su aspecto frente al espejo del baño.

Miraba el hacha, que todavía sostenía, ensangrentada por la hoja y por el mango y se preguntaba:

—¿Por qué? ¿Por qué lo he hecho, por qué?

En aquellos momentos distaba mucho de ser un ser normal. Se creía inmerso de lleno en dos épocas distintas, pero unidas por algo inexplicable.

No podía pensar con normalidad. Él pertenecía a la era atómica y no alcanzaba a urdir una explicación para lo «otro».

Pensaba en Eva.

Eva, sí. Eva era la culpable de todo… Tenía que encontrarla, para que cesara aquella horrible pesadilla.

Pero ¿dónde estaba Eva? ¿Dónde?

Iba a salir a la calle tal como iba, pero decidió ponerse la gabardina encima.

Lo que no olvidó llevarse fue el hacha.

Como un loco, salió por la puerta trasera del hotel, donde todo el mundo seguía durmiendo.

Al llegar a la calle observó que el rumor de las voces procedía de la plaza.

Tomó el coche para ir a casa de Eva. Pero no era necesario. Eva estaba allí, en el centro de la calle.

Michel miró el hacha que había dejado al lado, sobre el asiento, mientras ella se aproximaba.

No dijo nada, acercó más el hacha y la cubrió con una manta que había en el coche.

Eva se colocó cerca de la puerta. Sin decir nada, entró. Tampoco Michel despegó los labios. Puso el automóvil en marcha y lo condujo despacio hasta la esquina. La plaza quedaba más lejos, en la parte izquierda, él tomó la derecha, cara a la colina.

Sólo entonces abrió la boca para decir:

—Si quieres ir al cerro de St. Chély, voy a complacerte.

—Lo sabía —susurró ella.

La obsesión que tenía Michel iba acentuándose por momentos. Pensaba en el hacha, y en cómo utilizarla. ¡Tenía que librarse de una vez de aquella mujer!

Si le habían dado a elegir entre el pasado y el presente, quería vivir el presente, pero lejos de hipotecas. Lo anterior no contaba, ni siquiera aquellos asesinatos que había cometido bajo el influjo de un poder del que no le había sido posible sustraerse.

Aceleró la marcha del vehículo, convencido de que nadie había advertido su presencia.

Se iría al día siguiente, tal como había planeado. Ahora sólo le quedaba terminar

con todo. ¡Con el pasado!

Al llegar al final de la calle, se metió por la carretera.

Continuaron ambos en silencio, hasta que a través del retrovisor, Michel advirtió la proximidad de dos agentes motoristas.

Frunció el entrecejo y aceleró.

—¿Tienes miedo? —murmuró ella.

—¿Debo tenerlo, o acaso estoy protegido contra los crímenes que tú me impulsas a cometer? —soltó él.

Seguía observando cómo los agentes se acercaban y optó por doblar hacia la izquierda, por un camino vecinal.

La silueta de una casa que parecía abandonada, se aproximaba a medida que Michel aceleraba la marcha.

—Nadie puede modificar lo que tiene que suceder, querido —dijo ella, respondiendo a la pregunta anterior.

Michel se detuvo cerca de la casa, dejando el coche protegido por unos setos, tras apagar las luces.

Los motoristas se detuvieron en el cruce, que quedaba a unos doscientos metros.

Michel saltó del coche y dio la vuelta para abrir la puerta del lado de Eva, a la que obligó a salir tirando con fuerza.

—¡Vamos!

—¡Oh, querido…! —musitó ella, como si considerase todo aquello innecesario.

Los motoristas avanzaban ahora por el sendero.

—Vienen hacia aquí.

—Déjalos…

—¡Tú tienes la culpa!

—Creí que ya habías comprendido… Ahora sabes la verdad. Te ha costado, pero la sabes. Yo también la sé… Escucha.

—¡No! Escúchame tú… Ahora, cállate. ¿Entiendes? ¡Cállate! —Michel hablaba con enérgicos susurros, mientras los gendarmes se habían vuelto a detener, como si buscasen algo. ¿A Michel, tal vez?

De cualquier modo no quería que le viesen, no deseaba dar explicaciones.

Los agentes desaparecieron durante unos instantes entre la vegetación del camino. Seguían buscando.

Michel tiró de ella, obligándola a ir hacia la casa.

Era como un viejo cobertizo. Dentro había restos de paja, viejos e inservibles aperos, leña reseca…

Entró y cerró la puerta.

—Tienes miedo… —sonrió ella—. Es una pena. Pensé que…

—¡No me importa lo que pienses…! Puede que estemos viviendo en el siglo XIII. Tal vez no existe el pasado, presente y futuro. ¡Lo acepto todo! Pero no quiero volver a aquello. Yo vivía feliz a mi modo… ¡Me quedo con esta época! Lo he decidido.

¿Entiendes? Y mi destino no tiene por qué estar unido al tuyo… Lo que pasó en 1230 lo sentí… Lo sentí… ¡Compréndelo! Pero para mí, sí que aquello es el pasado.

—Eres tú mismo, Michel. No hay descendientes. ¿Recuerdas?

—No me importa.

—Eres tú mismo. No es posible variar lo que «tiene que suceder».

—Yo voy a cambiarlo. ¡Voy a cambiarlo!

—No, querido.

—¡No me llames querido!

Esgrimió el hacha, que se había llevado cuando sacó a la mujer del coche.

En aquellos momentos, los dos gendarmes volvían a la motocicleta para proseguir su camino. Habían dejado de inspeccionar el lugar y no tardaron en alejarse.

Michel avanzó con el hacha en la mano. Eva permanecía inmóvil, enigmática. No mostraba el menor miedo por lo que pudiera ocurrirle.

—Te mataré… Me libraré de ti y te enterraré en St. Chély, si es esto lo que quieres.

—Esto no cambiará las cosas, *mon petit* —susurró ella, con su voz dulce y ausente a la vez—. No las cambiará. Sucederá lo que tiene que suceder… Entiéndelo, *mon petit.*.. ¡Ya ha sucedido!

Él seguía avanzando, sin hacerle caso, obsesionado con la idea de terminar de una vez, de librarse de todo.

Temblaba, aunque intentaba disimularlo. Le infundía valor el hecho de poder concluir del todo y librarse de aquel ambiente, del pasado o del presente, o de lo que fuera, con tal de volver a ser lo que siempre había sido…

Por un instante trató de recordar.

Miró fijamente a la mujer. Se dio cuenta de que tenía el hacha en alto y de que ella se mantenía erguida, sin pestañear, tranquila, inmóvil.

¿Quién era en realidad Michel?

¿Quién era?

En aquellos momentos era incapaz incluso de recordar su infancia.

¿Y sus padres?

Por más que pensara no podía recordar su pasado.

Él había llegado allí. «Sabía» que le habían encargado un reportaje para *Le Journal*.

Pero…

¿Quién se lo había encargado?

¡No podía recordarlo! ¡Todo estaba borrado de su mente desde el momento en que llegó a St. Chély y se instaló en el hotel!

¡No tenía pasado!

A través de sus ojos brillaron otra vez imágenes confusas, que quiso apartar.

El rostro de ella seguía allí delante, al alcance de aquella hacha que tampoco sabía ni siquiera de dónde había sacado.

—Tengo… que hacerlo. Tengo que hacerlo, Eva… Tengo que hacerlo… —se repetía.

Entonces un rayo iluminó el exterior zigzagueando deslumbrante y un trueno retumbó, haciendo temblar el suelo. La madera de las paredes crujió, y una ráfaga de viento ululó, empujando la puerta que Michel había cerrado por dentro.

La tormenta desencadenó, pero no llovía. Era sólo un fuerte aparato eléctrico procedente de las nubes, que habían encapotado el cielo.

Otro rayo, y otro trueno.

Michel ignoraba el tiempo transcurrido. Podía haber pasado toda una eternidad.

La voz de ella le sacó de su marasmo.

—Puedes hacer lo que quieras. El final siempre será el mismo, amor mío. ¡Siempre el mismo!

—¡Calla, calla!

—No puedes matar lo que ya no existe…

—¡Calla!

—Descarga tu hacha, si esto puede hacerte sentir feliz.

Y Michel ya no vaciló. Estaba como enloquecido. Sentía ruidos en sus oídos, voces lejanas, risas, crepitar de fuego.

Descargó el hacha.

La afilada hoja abrió un tajo profundo en el rostro de Eva, que quedó desfigurado, pero ¡no sangró!

Poseído de aquella furia destructora, Michel asestó un segundo golpe, que se incrustó de nuevo en la faz de la mujer, que seguía inmóvil.

—¡Muere! ¡Muere, maldita bruja! ¡Muere!

Y un tercer hachazo en medio de la tormenta, cuyos truenos ahogaban su propia voz.

Empujó a Eva con la misma hoja y la vio caer. Tenía dos profundos surcos mortales en el rostro que la desfiguraban completamente, pero sus ojos seguían abiertos, mirándole un poco burlonamente.

Asestó un nuevo golpe, decapitándola y entonces creyó sentir en su garganta un regusto dulzón…, como un sabor a sangre…

La cabeza de Eva estaba separada de su tronco, y Michel sintió como si fuese la suya propia la que se hubiera desgajado.

Los truenos seguían retumbando en medio del fragor, y en aquel momento el rayo cayó cerca de la casa, partió un árbol en dos mitades y un leño comenzó a arder, alcanzando la casa.

Michel, sin darse cuenta de nada, arrastró el cuerpo de la mujer.

—La llevaré al coche… La enterraré y nadie sabrá lo ocurrido. La enterraré en la colina de St. Chély… Ése es su sitio.

La madera de la casa había comenzado a arder, por el lado más próximo a la puerta.

Michel se aproximó para ver si los gendarmes estaban todavía por los alrededores y entonces descubrió el fuego.

Abrió la puerta y el fuerte viento introdujo en la estancia una llamarada que le impedía salir.

Buscó otro lugar para la huida y descubrió una ventana pequeña al final de la estancia.

Entonces, cuando fue a buscar el cuerpo de Eva, escuchó claramente su voz, aunque sus labios no se movieron.

—Gracias por liberarme, Michel… Gracias, aunque no me ames. Ahora sé que ya no me abandonarás nunca.

El fuego tomaba incremento.

«¡Mejor! —pensó—, que se queme… Que queden sólo sus cenizas…».

Se volvió para mirarla y vio que lentamente la mujer se iba transformando.

Ya no quedaba nada de su fría y enigmática belleza… El rostro se descomponía lentamente, y Michel tuvo que parpadear para cerciorarse de que aquello formaba parte de la realidad.

Poco a poco, la faz de Eva iba quedando sólo en los huesos.

Y el fuego, con rápido incremento, comenzó a chamuscarle el vestido, que prendió hasta arder por completo.

Cuando las llamas alcanzaron el cuerpo de la dama, ya no quedaban más que huesos.

¡Era un esqueleto!

Pero perduraba su voz:

—Todo se ha cumplido… Todo se ha cumplido.

Y aquella voz aumentaba de volumen hasta martillear en los oídos de Michel como una pesadilla.

—Vendrás a reunirte conmigo, amor mío… Vendrás a reunirte conmigo… Allá en la colina.

En medio de las llamas, Michel fue testigo del pasado… Un pasado que cobraba visos de auténtica realidad.

De nuevo, él, Michel, en otra época, en 1230 posiblemente se veía deambulando entre llamas, entre gritos.

Llevaba el hacha en la mano y tenía ante sí a Ninon de Levallois, una y otra vez, su mano se alzaba contra ella, descargando todo el peso del hacha.

La cabeza de Ninon quedaba separada de su tronco y por las dos mitades manaba sangre, mucha sangre.

Unas voces gritaban:

—¡Al asesino! ¡Al asesino!

Y él… Michel, jadeante, corría intentando burlar a los que le seguían.

La terrible persecución continuó por las calles, entre los vetustos caserones y ante las miradas acusadoras de los hombres y de las mujeres.

Todos le señalaban.

—¡Al asesino! ¡Al asesino!

Se sentía cogido por poderosos brazos que trataban de inmovilizarle, pero él se resistía.

—¡Ha matado a Ninon! ¡Ha matado a Ninon! —decían aquellas voces acusadoras.

«¿Dónde estaba la realidad?», pensó Michel.

¿Dónde? ¿En el siglo XIII, o en aquel cobertizo donde el fuego continuaba su labor devastadora?

—No, no —murmuró, queriendo librarse del pasado.

Pero… ¿Era pasado?

Se sintió empujado fuera de la casa, pasando por entre las llamas, en el tiempo presente, mientras las visiones del pasado le retenían sujeto entre los que le acusaban del asesinato.

Una sirena de agudo pitido le devolvió al siglo XX.

—Los bomberos… Han visto el incendio y vienen a sofocar el fuego. Descubrirán el cadáver de Eva… Lo descubrirán.

Algo le empujó nuevamente hacia el interior de la casa, que estaba a punto de desmoronarse.

Allí estaba el esqueleto de Eva, que consiguió arrastrar hacia la ventana.

—El coche —dijo en voz alta—. Debo cargarlo en el coche y sacarlo de aquí.

Tomó el esqueleto. Estaba entero. Nada se había desmembrado todavía y los huesos crujían.

Lo hizo pasar a través de la ventana y luego saltó él detrás.

La sirena de los bomberos sonaba cada vez más próxima.

Jadeante, Michel colocó aquellos huesos en la parte posterior del automóvil, con el que pensaba regresar a París. Los cubrió con la manta.

Pensó en el hacha.

—¡Ha quedado dentro!

Ya era imposible volver…

¿Qué extraño? Cuando se mezclaban las dos épocas no le temía al fuego, sin embargo, cuando creía vivir en el siglo XX, vacilaba, temía, temía a la muerte.

«¡Al diablo el hacha!», pensó.

Tenía la manta al lado, cubrió el esqueleto con ella y puso en marcha el coche.

CAPÍTULO IX

La tormenta continuaba todavía con pleno dominio del espectacular aparato eléctrico, sin embargo, no llovía.

Michel continuó al volante del automóvil, huyendo por el camino vecinal hasta encontrar un cruce que volvía hacia la carretera.

La sirena de los bomberos había cesado ya. Seguramente tras descubrir el incendio, el coche bomba arrojaba el agua para evitar que las llamas prendieran en el bosque.

Michel alcanzó la carretera y en seguida se desvió hacia el sendero de la colina.

El cerro quedaba a unos cuatro kilómetros ascendiendo por la suave rampa.

Llegó al fin al punto más alto y pudo observar cómo las llamas de la casucha donde se había desarrollado la penúltima etapa de su destino, persistían.

Allí los bomberos trabajaban para impedir que el fuego prendiera en los alrededores, pero a Michel no le preocupaba aquello. Quería enterrar el cuerpo de Eva para que no quedara prueba alguna.

¡Necesitaba verla bajo tierra para conjurar aquella conspiración de los siglos… o acaso de la eternidad!

Separó la manta para tomar el esqueleto, pero entonces vio únicamente un montón de ceniza.

—¡No! —gritó, sin saber por qué.

Un viento helado, extraño a la época empujó las cenizas que se arremolinaron, primero en el interior del coche, para luego salir a través de la portezuela.

Michel contempló incrédulo cómo aquel polvo ceniciento formaba extraños círculos, ascendiendo y descendiendo, hasta por fin desaparecer sobre la superficie del cerro.

Entonces, extasiado aún, escuchó el griterío de la gente.

Pero ¿qué gente?

De nuevo vivía en el siglo XIII de la era cristiana, y escuchaba las voces de sus perseguidores.

—¡Ha matado a Ninon! ¡Ha matado a una muchacha pura!

—¡No! —gritó—. ¡No era pura!

Pero no eran sus labios los que se movieron al hablar. Era su voz… Una voz lejana y cavernosa.

—¡Está allí! ¡En la cumbre! ¡Está allí!

—No era pura. ¡Era una hereje! Una bruja… Ella me dio un bebedizo para que yo denunciara a mi mujer… Eva era inocente, pero yo la denuncié.

—¡Miente, miente! ¡No le escuchéis! La bruja era su mujer. Ninon la denunció.

—¡No! ¡No! No os acerquéis —gritaba la voz de Michel.

La turba se aproximaba al cerro. Michel retrocedía por la vertiente opuesta.

—¡Justicia! ¡Justicia!

—¡Dejadme en paz! Dejadme en paz… Estoy arrepentido. Estoy arrepentido.

Entonces sus pies tropezaron con algo, se tambaleó, y sus manos vacilaron, tratando de sujetarse a algo.

Perdió el equilibrio y gritó, gritó con todas sus fuerzas al advertir que iba a caer por la pendiente, justo en el único lugar más peligroso, donde la montaña formaba unos metros de pared lisa.

Lanzó un grito aterrador.

—No, no —gritó el Michel de la época actual—. Estoy vivo. ¡Aquello pasó! ¡Aquello pasó!

Pero la tumba seguía allí, al borde del precipicio por el que él iba descendiendo, descendiendo, perdiéndose en la oscuridad.

Creyó perder la noción de la realidad mientras su cuerpo se sumergía en aquel oscuro abismo.

—¿Quién anda por ahí? —gritó entonces una voz.

Michel abrió los ojos desde el borde del abismo y vio las siluetas de dos gendarmes.

Pensó que venían a por él. Quizá le habían descubierto, por el asesinato de Ninon, quizá querían hacerle preguntas que él no sabría cómo contestar.

Querrían saber qué estaba haciendo en la colina a aquellas horas.

Retrocedió un poco más, mientras el mismo gendarme preguntaba otra vez:

—¿Qué está haciendo aquí?

—No contestaré… No contestaré —dijo en voz alta, y los gendarmes se aproximaban, pero él sabía que no podían verle porque una extraña neblina le protegía.

—¡Vamos, acérquese! —repitió la voz autoritaria del policía.

Michel retrocedió un poco más.

Por un instante creyó escuchar nuevamente el tumulto de la turba de 1230.

Dio un último paso atrás y lanzó un grito. Su pie había dado en el vacío y cuando quiso rectificar la posición, era ya demasiado tarde.

Perdido el equilibrio, su cuerpo se sumergió en las tinieblas de la noche, perdiéndose en el abismo.

Un grito agudo y prolongado rompió el silencio de una noche en la que había vuelto la calma, como si jamás hubiese existido el menor vestigio de tormenta.

Pero en aquel segundo eterno, Michel sentía todo el terror de su muerte inminente.

Su cuerpo chocó con varias piedras. Sintió el dolor en su carne, sin importar que ocurriera en uno u otro siglo. Sentía perderse, sabía que aquello era el final.

En aquel centesimal momento vio el rostro de Eva, vio a sus víctimas, Genet, Foderich, Ninon…

Escuchó también la voz de Eva.

—Bien venido a la eternidad, amor mío. ¡Juntos para siempre!

Entonces su cuerpo chocó con algo y todo se hizo oscuro en su mente.

Le invadió la idea de que seguía cayendo a un abismo sin fin, y estaba solo, completamente solo, porque la muerte no se puede compartir, tiene que experimentarla cada uno.

La caída se prolongaba, como la eternidad que no tiene principio… ni tendrá fin.

* * *

—¡Vamos, aquí no hay nadie! —dijo uno de los gendarmes que habían acudido a efectuar la ronda acostumbrada por los alrededores de la localidad.

—Creí que… —empezó el otro, pero alzó los hombros y volvieron ambos a sus respectivas motocicletas.

* * *

Al asesinato de Genet y Foderich, se había unido el de Ninon y la desaparición de Eva.

Aquél fue un misterio insoluble y en el caso de los asesinatos fue a aumentar el capítulo de los crímenes impunes.

De Eva jamás se supo.

El director del museo quiso saber de Michel Laval y llamó a la redacción del periódico en París, pero nadie le supo dar referencias de él.

—No tenemos a ningún periodista que se llame así en nuestra plantilla.

El que había alquilado el automóvil a Michel, a preguntas de la policía, sólo pudo responder:

—Quedamos en que haríamos juntos el viaje a Toulouse, pero supongo que decidió marchar por su cuenta. Primero pensé que me había robado el coche, pero lo encontré donde él me dijo, justo en el aparcamiento de la estación de Toulouse.

La policía anduvo mucho tiempo intentando localizar a Michel, ya que si en la redacción del periódico francés no le conocían, era suficiente como para creerle sospechoso.

Fue inútil. A Michel, igual que Eva parecía habérselos tragado la tierra.

Quizá no había que ir muy lejos para encontrarlos…, acaso para encontrar únicamente lo que quedaba de ellos, cenizas, o huesos.

El promontorio de St. Chély que preside la pequeña localidad de su nombre, guarda el secreto en sus entrañas.

Pero St. Chély no es un cementerio y en las antiguas supersticiones sólo creen algunos viejos. Ya nadie o casi nadie se acuerda de que en algún tiempo fue llamada

La Colina de las embrujadas.

«No lo diga en voz alta», dirán algunas, como la patrona del hotel de la Poste.

Pero la realidad es que la gente lo dice con cierta ironía. Nadie cree en brujas, ni en aparecidos. Eso… Eso forma parte de otro tiempo. De la época de la Inquisición apenas quedan documentos. Es cosa del pasado. De 1230.

Michel Laval también lo creyó así.

F I N

MARÍA VICTORIA RODOREDA nació en Berga, provincia de Barcelona, aunque muy pronto se trasladaría a la capital, donde residió hasta su muerte, que tuvo lugar el 22 de julio de 2010 a los 79 años de edad. Allí conoció a su esposo, Juan Almirall Erliso (1931-1994) que había comenzado a escribir guiones y novelas y fue quien la animó a presentar sus primeros trabajos en las editoriales, comenzando así una extensa trayectoria como escritora. Más adelante, y dado que la demanda de originales fue creciendo, extendiéndose a todos los géneros, ambos decidieron trabajar de forma conjunta.

Como cabía esperar dado su lugar de residencia, María Victoria siempre se movió por las órbitas de las editoriales de la Ciudad Condal, *Toray* primero y más tarde *Bruguera* y *Producciones Editoriales*, heredera esta última de la también barcelonesa *Ferma*.

Una peculiaridad de María Victoria Rodoreda fue su afición a coleccionar seudónimos, hasta el punto de convertirse en la más prolífica, en lo que a éstos se refiere, de todos los autores de ciencia-ficción popular españoles. Catorce en total. Los siguientes en orden de mayor a menor utilización: Marcus Sidéreo, Vic Logan, Rand Mayer, Al Sanders, Boris Marcov, Holm van Roffen, Ian de Marco, Joseph Lane, Mark Donovan, Rock Marley, Douglas Kirby, John Talbot, Kent Duvall y John Randall. Este último, por cierto, era un seudónimo habitual de su esposo, pero fue ella quien lo utilizó para firmar la novela *Cuando todo termine*, número 8 de la colección Infinitum.

Además de los ya citados bolsilibros de ciencia-ficción, su legado es muy extenso, abarcando la totalidad de los géneros: romántico, bélico, espionaje, policíaco, terror, oeste… sin que ni ella ni su esposo dejaran ninguno por tratar. Asimismo firmó con su propio nombre, M. V. Rodoreda, numerosos guiones para cómics de colecciones tales como Hazañas Bélicas, Serenata, Babette, El Dúo Dinámico, Hazañas del Oeste… Por último, adaptó guiones de cuentos clásicos editados principalmente por las editoriales *Toray* y *Bruguera*.

A raíz del colapso de las colecciones de bolsilibros y de la práctica totalidad de la literatura popular a mediados de los años ochenta, que por lo general supuso un mazazo para todos los que habían hecho de ella su profesión, María Victoria se apartó del mundo editorial, mientras su esposo todavía continuaría vinculado a él durante algún tiempo alternándolo con otras actividades.